



Sofia Navarro

# Dinastia

Tomos Primeros

Gabriel  
de Sylvius

D.J.57

Dinastia  
Tomo Primero

# Gabriel De Sylvius

# Medianoche en Nueva York

Nueva York, la Gran Ciudad... Soñé con verla durante tantos años, que ya no recuerdo cuándo oí su nombre por primera vez. En la lejanía de la memoria se me refería apenas un pueblo, pero con el paso de los años empezaron a contar de ella que crecía y crecía, acogiendo maravillas en sus calles. Oí decir que sus edificios casi podían acoger el vuelo de los ángeles cansados, que el cielo estaba al alcance de la mano en sus azoteas... Cuando al fin llegué a esta ciudad y la admiré en su noche, tuve que aceptar que los rumores eran ciertos. Nunca pensé que el ser humano pudiese soñar y crear ingenios así; titanes gigantescos, recubiertos de acero y cristal.

Esta inmensa urbe me acogió en secreto, sin revelar rastro alguno de mi existencia a sus habitantes, dejándome un espacio hermoso en el que dormir y recordar, añorar y respirar. Me hallo oculto por la oscuridad, protegido de la vorágine. Por esta zona no suele pasar nadie. Los viejos cementerios no son punto de visita cuando no son en exceso pintorescos. Este es viejo, está abandonado, invadido por vegetación salvaje y ya nadie recuerda a las almas que en él descansan. Sin embargo, para mí es el lugar más acogedor que he conocido en muchos años. Viviendo a la sombra, es difícil encontrar un lugar tan tranquilo y seguro como el camposanto. Y este es ahora mi hogar.

La brisa es tan gélida que incluso mi piel se resiente. A pesar de los años de obligado recato entre las sombras, nunca me ha gustado más el frío de la noche que ese calor que, aún recuerdo, dan los rayos de sol. La Luna se alza y brilla intentando vencer las luces de la ciudad. Lucha impasible, y a veces infructuosa, que siempre le arrebatara su séquito de estrellas. Aun así, me quedo mirando su cara redonda y pálida, porque admiro su belleza. Está

llorando; ayer sonreía... La Luna siente, como todas las criaturas de la noche.

La primera década del siglo XXI vio su fin hace poco, y cada vez me siento más vacío porque todo cuanto guardo en mi memoria va perteneciendo a una época más lejana, ignorada, dejada a los mitos y a los cuentos. Hace que yo mismo parezca condenado a ser nada, a acabar disuelto e invisible en el tiempo... como una irrisoria quimera que despierta terror en la memoria de los europeos.

Echo de menos mi hogar, pero he huido del abrazo de mi amada Europa porque los hombres atacan lo que no conocen, a causa del miedo. Hui donde nunca hubiesen oído hablar de mí. Defenderse de los depredadores es legítimo, pero los humanos no se defienden, atacan como plagas. Esos seres destruyen una raza si en ella hay algo que les molesta. Sé que fulminan mil vidas para acabar con un solo aliento. A veces he llegado a temer a esta raza inferior, porque, en sus primitivas formas de actuar, aún están muy presentes la impiedad, el arrebatado de maldad gratuita, el matar a seres de su misma esencia. Claro que, eso ya me excluye.

El humano debía evolucionar. Mi especie, una superior, y mi estirpe se alimentan de la mayoría humana débil. Mi progenie para el siglo XXI es incluso un nuevo eslabón de la cadena, pues el Sol, que al rozar mi piel me haría sentir débil y enfermo, a ellos no les afecta de igual manera.

Pero hay amenazas mucho peores que la luz del amanecer. Somos cuatro en toda Nueva York. Sólo cuatro, pero fuertes como diez mil.

Miro la Luna y busco respuestas, pero no las hallo.

Dos de mis tres hijos están siendo escudriñados desde hace un par de días. Una inquietante mujer ha ido a buscar a John a su propia casa esta misma mañana. Creo que esa chica sabe algo... Pero protegeremos nuestra estirpe ahora y siempre. Los mortales no deberían perseguirnos nunca por curiosidad...

Las noches se hacen eternas y difíciles. Tristes... Necesito un soplo de vida para mi ser lleno de muerte. Tengo todo el tiempo del mundo, un pacto con la dama de la guadaña, una promesa de amor

para la Luna y sus estrellas... Pero me siento tan débil, tan asqueado de este mundo cruel y diferente al que conocí. Necesito que las cosas cambien, y, escondido, nada puedo hacer.

A pesar de todo, algo se mueve en mi interior, algo está a punto de suceder. No sé si será bueno o malo. Si es otra maldad, tal vez no la soporte. A veces el instinto me revela que algo ocurrirá inminentemente, algo que no podré ignorar...

Pero, ¿dónde están mis modales? Antes de oír esta sarta de cavilaciones y lamentos, antes de conocer una historia, más valdría saber quién la cuenta. Y en este caso más que en ningún otro.

Mi nombre es Gabriel de Sylvius. Al menos, lo era hace siglos, antes de que el Diablo me bautizara con sangre. Fue el nombre que mis padres me pusieron cuando nací en el seno de una familia de la nobleza, en un hermosísimo ducado francés, hace ahora cuatrocientos cincuenta y dos años.

# La France.

## Tierra de Reyes

Gabriel. Ese fue el nombre que mi buen padre, el duque Alphonse de Sylvius, eligió para mí. No fue un nombre puesto al azar; mi padre sabía bien por qué ese debía ser mi nombre y no otro.

Respondiendo a la premonición de Nostradamus, el rey de Francia, Enrique II, murió a manos de un joven caballero, el conde Gabriel de Montgomery, poco antes de que mi madre diera a luz por primera vez. Fue durante uno de los muchos torneos de justa que se celebraban en la capital, en los que los nobles siempre temían enfrentarse a los reyes o a los herederos al trono, pues herirles de gravedad podía significar su condena a muerte.

Gabriel de Montgomery, el más valiente de los nobles franceses, según contaba mi padre, cedió ante la insistencia del rey, quien deseaba participar en el juego. Sin embargo, el monarca se precipitó hacia su propia muerte, ya que la gentil lanza del conde de Montgomery atravesó su yelmo, hiriéndole gravísimamente el rostro.

Durante días, los médicos de la Corte francesa, e incluso doctores enviados desde países aliados, intentaron sanar al monarca. Causaron la misma herida a varios prisioneros, a fin de usarlos como conejillos de Indias... Hicieron todo lo humano e inhumanamente posible por salvarle. Pero, finalmente, el rey murió.

Mi padre recordaba a menudo que brindó a la salud de Gabriel de Montgomery, quien había recibido el perdón del rey antes de que la muerte terminara con su reinado. Mi padre tomó vino español, el del enemigo de la Corona, para brindar. Sólo deseaba que la reina, Catalina de Médici, desapareciera también de la faz de la Tierra. Para él, esa manipuladora mujer no era más que una ladrona, una asesina, que además no había respetado el perdón que el rey otorgó al conde... Ella lo persiguió siempre, con el único deseo de matarlo. Mi padre quería que aquella cruel extranjera se fuera por

donde había venido... Tan temida y odiosa era que se ganó el sobrenombre de *madame serpiente*.

Yo nací entre la muerte del Rey de Francia y la del Papa Pablo IV, que ocurrió un mes después. Casi pareció que me habían cedido el asiento en la vida con dedicada devoción, pero confío en que fuese pura casualidad.

A decir verdad, no mostré hacia la Corona los desaires que lanzaba mi padre. Siempre respeté a la Familia Real, no por admiración o por obediencia, sino porque quería demostrarme a mí mismo que mi alma estaba más limpia que las de toda la Corte, incluyendo a mi padre. Alphonse de Sylvius era un buen hombre, además de mi progenitor, y no era la suya un alma pura, pero sí muy digna. De las más dignas que he conocido.

Siempre me sentí muy orgulloso de todo lo bueno que pude aprender del Gran Duque Alphonse, como le proclamaban los vasallos. Admiraba su piedad hacia quienes trabajaban a sus órdenes, cuando aquello no era para los subyugados de otros señores el pan de cada día. O su gran dominio de la oratoria, que me dejaba a menudo perplejo de admiración. También su amor por las cosas que brotaban de la tierra... Las plantas y los animales, en especial los robles y los halcones, a los que él mismo amaestraba, formaban parte de sus pasatiempos favoritos. Mi padre era un hombre humilde, aunque vistiera de terciopelo y bebiera en copas de oro... Ni siquiera era realmente el amo de la casa. Lo era en el título, pero no de corazón. Lo que más admiré yo siempre en mi padre fue su dedicación en cuerpo y alma a complacer en cada mínimo detalle a su joven y bellísima esposa: mi madre.

Mi padre estaba loco de amor por aquella dama a la que desposó, siendo ella casi una niña, y gozó en su cama mucho antes de que ella aprendiese a amarlo a él. El Gran Duque era tan consciente del regalo que la vida le había dado con aquel amor, finalmente correspondido en la primera madurez de mi madre, que se dejaba cada día la vida y la sangre por ver feliz a su esposa.

Ya casi no recuerdo el rostro de mis hermanas y hermanos menores, a quienes seguramente yo adoré. Sin embargo, jamás podría olvidar a mi madre. Sophie era su nombre de pila, y así la

llamaba mi padre; Madame de Sylvius la llamaban todos los demás, respetando así su alcurnia, que incluso alta como era, quedaba superada con creces, y más, por su belleza.

Mi madre era una criatura de alma pura, su espíritu irradiaba un halo de santidad que yo jamás llegué a superar, y no recuerdo haber conocido a nadie que sí lo hiciera. Madame de Sylvius era una mujer joven, de piel blanquecina y ojos de pestañas oscuras, de cabello azabache, tan suaves como la más cara de las sedas orientales. Su cuerpo era fino y quebradizo, delicado, y contrastaba con su fuerza interior, que era mayor que los océanos. De ella heredé la presencia arrebatadora; aquello que hace a todo el que me recibe quedarse en silencio, esperando a que yo hable o actúe primero, sin mostrar el atrevimiento de precederme en acto o verbo... Ella conseguía provocar esa actitud en todo el que la miraba. Era, más que una santa, una diosa.

Lo que mejor recuerdo es su rostro, cincelado, de color nieve, con dos grandes y cálidos zafiros por ojos, y una sonrisa dulce, inocente y sutil. Era discreta, delicada como los pétalos de una rosa. Y olía a... bellotas dulces. Ella solía acoger en sus manos de nácar los frutos de los robles que andaban esparcidos por los jardines. Otras veces, cuando se veía obligada a asistir a fiestas, lo cual no le agradaba, olía a vinagre. Eso tampoco me agradaba a mí, o a mi buen padre, pues agriaba lo que para ambos era lo más hermoso. Pero más y mejor mujer era en aquellos tiempos la que luciera tan pálida como la mejor quimera de Cleopatra, y el vinagre era un usual aliado para las damas de la Corte. Tras un trago de aquel líquido, su piel se estremecía y el color huía de sus mejillas.

Si admiré siempre algo en mi padre, fue, pues, que considerara a mi madre su Señora, su más valiosa joya y quizás su principal motivo para vivir. Le agradezco en mi interior que nunca desmereciese las palabras de mi madre, y, sobre todo, que jamás le entregase su amor a otra mujer, pues aquel era el deporte favorito de la nobleza. Creo que ninguno de los matrimonios que la Corte albergaba podía compararse al amor, sólo aquel que mis padres se procesaban el uno al otro. En un mundo en el que los consortes no se conocen hasta el día de la boda, el amor no solía brotar sin amantes y libertinaje. Mi padre se enamoró de mi madre cuando la

vio, y ella, que no había conocido a otro hombre, sólo precisó de tiempo para entender que se había casado con uno mucho mejor que su padre... Madame de Sylvius consideraba a su marido como un regalo del Cielo, en respuesta a la misoginia de mi desventurado abuelo. Y, para qué negarlo, así como mi madre en su feminidad era de las mujeres más hermosas de la Corte, era mi padre un caballero de destacada belleza y hombría, capaz de conquistar a cualquier dama, aunque fuera ésta de la mejor cuna. Aunque cierto era también que mi padre le doblaba la edad a su esposa, y cierto ha sido siempre que no es el amor verdadero el que a ello le da importancia.

Durante mi existencia he llorado varias veces, o quizás hayan sido muchas veces, pero sólo una vez lloré durante días y días seguidos. Lloré hasta sentir que de mis ojos las lágrimas no brotaban frías, sino hirientes como el fuego.

Cuando cumplí doce años, una asoladora enfermedad asaltó el cuerpo de mi amado padre, arrebatándole día a día, con cruel parsimonia, toda su fuerza, sus ganas de comer, su hermosa voz y, lentamente, su respiración.

Sin saber qué otra cosa hacer, mientras mi madre velaba día y noche el lecho de su marido, recibiendo los infructuosos consejos de un médico incapaz de hacer nada por ayudar al Duque de Sylvius, yo decidí ir a la iglesia, a rezar. Pobre de mí...

Rezaba y rezaba cada día, a cada momento, suplicándole a Dios por un milagro, una mínima mejora... Destrozaba mis rodillas, a diario posadas para el Señor ante su altar, soportando mi peso sin quejarme, con el único propósito de que el corazón de mi padre no dejara de latir. Durante horas, tomaba entre mis manos un piadoso rosario y rezaba sus cuentas, sacrificando todas mis lágrimas a la Virgen y a Dios, pidiéndoles, con la inocencia de un niño, que al volver a casa pudiese abrazar a mi padre aún vivo. Que me quitaran el oro, las ropas, la vista o las manos; que me dejaran sólo con mendrugos de pan y a la intemperie, si podía seguir teniendo a mi lado a mi padre con vida.

Un día de finales de otoño, volví de rezar en la iglesia y supe que ya mi padre jamás volvería a mirarme, pues sus ojos se habían cerrado para siempre. Aquel fue el día en el que el Gran Duque murió. Empecé a llorar en los brazos de mi madre, y ya no dejé de llorar durante días. Aquella fue la primera vez que la muerte sonrió hacia mí, arrebatándome aquello que amaba sin reservas. No sería la última vez, pero hasta entonces nada había en mi memoria que hubiera sido tan terrible, irremediable, torturador y doloroso hasta el extremo de hacerme pensar que el Infierno no podía ser peor. A veces creí que enloquecería por el calvario que me suponía su ausencia. Aún hoy, siglos después, pienso en mi padre y siento que podría llorar.

Mi hermosa madre, como la Magdalena, derramó ríos de llanto por el amor de su vida. Y, durante mucho tiempo, ella no fue más que un fantasma que rondaba por nuestra casa.

Como primogénito e hijo varón, el título de Gran Duque pasó a mis manos. Era mía la tarea de cuidar a mis hermanos y a mi madre, así como la de proteger el patrimonio de la familia. Mis ánimos no se mostraban entusiasmados por mi imposible herencia, pero debía cargar con ella, hasta que mi madre volviese a tener apetito, volviese a vestir de un color diferente al negro, o al menos, hasta que volviese a sonreír fugazmente. Aquel momento, simplemente, no parecía llegar nunca. Ignoro si alguna vez llegó del todo...

Madame de Sylvius se mostraba silenciosa siempre, y tras la muerte de su marido aún más. Apenas hablaba para dar órdenes sencillas, con voz de ruiseñor enfermo, o para dirigirse a nosotros, sus hijos, que éramos, o eso parecía, lo único que le quedaba en el mundo. Mis hermanos y yo deseábamos que un día se diera cuenta de lo mucho que la necesitábamos viva, y que nos mirase de nuevo con esos ojos, que eran nuestro único consuelo. Lo que más me preocupaba a mí, de entre todas mis tareas, era la de cuidar a mi madre, pues apenas permitía que la alimentaran. A cenizas le sabría todo lo que probaba.

Con la llegada del otoño, vivimos el primer aniversario de la muerte de mi padre, y entonces pareció que mi pobre madre

empezó a entender que tenía que enfrentar la realidad. Yo lo agradecí, pues aunque no cambió de vestuario, empezó a comer de nuevo, y a recuperar su salud y belleza. Durante unos meses le di tiempo para que pudiese recuperar su porte, para que estuviese lista. Iba a comunicarle una decisión importante que había tomado durante aquel larguísimo año de responsabilidades sobrevenidas. Se trataba de una importante decisión sobre mi futuro y, por consiguiente, sobre el futuro de mi herencia. Esperé a la llegada del invierno para hablar con Madame de Sylvius y hacerle saber algo que también para ella sería trascendental.

Recuerdo aquel momento perfectamente. Acudí a las habitaciones de mi madre para hablar con ella en privado y como un hijo, rendido humildemente ante su figura de madre y Señora.

Su cuerpo era tan fino como siempre, pero ya no parecía enferma. Era tan pálida, vestida de riguroso negro..., mirando a través de la gran ventana blanca, observando el cielo gris y los copos de nieve que caían suavemente sobre los árboles sin hojas.

Tengo esa imagen en la memoria, como si de una hermosa pintura se tratase. Su mirada perdida hacia la nada, hundida en sus pensamientos y en recuerdos, sin poder vencer el dolor que la muerte de mi padre le producía, pero enfrentándolo finalmente. Posaba sus manos pálidas sobre su falda, y respiraba con delicadeza, con los labios cerrados.

Madame de Sylvius indicó a su sirvienta que se marchara, porque iba a hablar con su hijo amado, como me llamaba. Al salir aquella doncella de los aposentos, pasé yo.

—Madre —la saqué de sus pensamientos, pues noté una casi imperceptible sonrisa en sus labios. Pero no me miró.

—Gabriel, hijo mío. Qué frío se hace el invierno sin tu padre a mi lado... Qué profunda soledad —y cerró sus ojos, sintiéndolo de corazón.

—No estáis sola, madre —me apresuré a decirle, tomando sus manos, y arrodillándome ante ella—. Dios está con vos, y el alma de mi padre siempre abrazará esta casa.

—El Altísimo me vela y tu padre me protege. Por eso, dices, no estoy sola. No te incluyes entre mis compañías, Gabriel... —

entonces me miró.

Hasta ese momento no me había dado cuenta de que estaba llorando.

No tuve valor para responderle a semejantes palabras. Le rompería el corazón oír lo que tenía que decirle. Pero mi madre era una mujer intuitiva, que supo ver en mi indecisión todo cuando debía ser contado.

—¿A qué me descuidas, hijo mío? —volvió a dirigir su mirada hacia el jardín nevado, más allá de la ventana.

—Dios me ha llamado a seguirle, madre —respondí, notando que sus lágrimas se clavaban una a una en mi corazón como fríos puñales—. Mi edad exige premura.

Ella entendió perfectamente a qué me refería, y yo no quería tener que marcharme sin su beneplácito.

—¿Dónde podré encontrarte? —con aquella pregunta me estaba dando su permiso para partir.

—No me busquéis, madre. Yo me cuidaré de que recibáis noticias mías. Vos ocupaos de las tierras y de mis hermanos, que os aman como yo.

No estaba conforme, pero, ante la voluntad del Señor, no iba a discutir si su hijo había de estar a su lado o al lado de Dios.

Puso sus manos heladas sobre mis mejillas, y me besó. Sus lágrimas acabaron recorriendo mi rostro.

—¡Ay de ti, mi pobre Gabriel! —murmuró, abrazándome—, que difícil es ser un buen sacerdote —entonces dejó de abrazarme y miró mi rostro como quien mira por última vez su más preciado tesoro—. ¡Ay de mí!, que pía soy, y el Señor siempre me arrebató lo que más quiero.

Obedeciendo las órdenes de Madame de Sylvius, los criados hicieron mi equipaje, preparando todo lo necesario en varias maletas bien atadas al techo de mi carruaje. Llevaba mucha ropa de abrigo que no quedaría sin uso, pues la nieve empezaba a ser implacable y persistente. Cuatro lacayos y dos cocheros se pusieron sus mejores trajes para conducirme por mi viaje hacia el Norte. Llevaba conmigo un único libro: una pequeña Biblia que mi madre había encargado realizar cuando supo que mi padre estaba

enfermo, y a la que se había aferrado durante todo aquel tiempo. No creí que no la fuese a necesitar más, pero, egoístamente, quise aceptarla como regalo para tener algo con lo que recordarla.

Los criados me despidieron, con ciertos gestos de agradecimiento, todos aquellos que la sumisión involuntaria les permitió. Es sorprendente cómo aquellos que trabajan para un Señor con el sudor de su frente y la fuerza de sus hombros, llegan a amarlo a uno si se les recompensa con dignidad. Mi padre siempre me dijo que Cristo nunca habría permitido a la nobleza tener sobre los pobres las desconsideraciones, el menosprecio y los privilegios que sin timidez tenía. Para Dios, los más nobles eran los pobres, o al menos fue eso lo que mi padre me enseñó.

Me despedí de mi familia en la puerta de nuestro hogar. Mi madre me profesó un abrazo cálido y duradero, sin derramar lágrimas, a sabiendas de que eso me habría dolido. Yo ya extrañaba el momento de volver a verla. Mis hermanas y hermanos también me brindaron sus abrazos... A ellos, nunca volví a verles.

—Gabriel —oí murmurara a mi madre, mientras yo me acercaba al carruaje. Me giré para mirarla, y tras un momento, volví a caminar hacia delante.

Uno de los lacayos abrió la puerta del carruaje, que estaba marcada con el blasón de la Casa de Sylvius: un halcón, abrazado a un escudo coronado, que lucía una libélula con las alas extendidas, una hiedra de tres puntas, y los colores del oro y del rojo que representaban la riqueza y unión de nuestra sangre. Por más que yo quisiera dejar atrás mis privilegios, sabía que aquel escudo era un símbolo demasiado poderoso y que todos mis maestros sabrían tenerlo muy en cuenta.

Entré en el carruaje, y el lacayo cerró las puertas. La nieve empezó a caer con suavidad y en poca cantidad. Escuché un latigazo certero, el paso de los caballos, y finalmente el carruaje en movimiento. Observé a través de mi ventana y me despedí por última vez de todos. Ellos respondieron con el mismo gesto y se quedaron observando mi marcha hasta que el carruaje desapareció en la lejanía.

Mi viaje me llevaría hasta Reims. Por el camino, casi todo lo que vi a mi alrededor fue naturaleza helada. Yo me enfrascaba en la lectura de la Biblia, tratando de no pensar en mi familia, porque las lágrimas me reclamaban si lo hacía. Los escritos del Génesis eran los más eficaces para hacerme pensar en todo excepto en mi tristeza.

Comenzaría mis estudios para ser sacerdote tan pronto como llegara a mi destino. Yo mismo había decidido unirme a la Compañía de Jesús. En verdad que admiraba la conexión que con la Madre Naturaleza tenían los franciscanos, pero había algo que me atraía imperiosamente hacia la joven obra de los jesuitas: sus conocimientos. Poseían los estudios más completos y exquisitos de la Cristiandad. Hablaban cuantas lenguas romances y sajonas se propusieran, y sabían refutar y argumentar sobre cualquier teoría filosófica y de otras índoles. Y, sobre todo, no dejaban de estudiar los ritos profanos, que tanto servían para entender al pueblo. Sus alcances intelectuales eran un reclamo que me arrastraba sin que yo ofreciera resistencia alguna.

Después de cuatro días de viaje, cruzamos el río Sena. Esa era la señal que nos haría saber que el camino llegaba a su recta final. Habíamos hecho más de la mitad del viaje. Cuanto más nos acercábamos al río, más frío hacía. Comenzaron las horas más eternas del trayecto para mí, sabiendo que ya quedaba menos para encontrarme en mi nuevo hogar.

Reims era una ciudad hermosa, aunque con más pobreza en casa de las gentes humildes de la que yo había visto nunca. Los golfillos correteaban por las calles sin que nadie se hiciera demasiado cargo de ellos. A los niños de la nobleza no se les veía por ninguna parte. Estarían enfrascados en sus vidas lujosas y solitarias en los palacios de sus acaudalados padres. Yo pensé que esos niños harapientos y callejeros, que eran un poco más jóvenes que mis hermanos, necesitaban algo más que un libro de estudios. Necesitaban comida, para poder preocuparse de la Filosofía con el estómago lleno, y un buen maestro que no tuviera en cuenta sus orígenes pordioseros.

Lo primero que hice al llegar a Reims fue buscar una iglesia donde rezar para dar gracias por mi llegada a la ciudad, por haber sido el mío un viaje sin problemas dignos de mención. Y también pedí por aquellos niños a los que la vida no les había sonreído, para que tuvieran un buen maestro. Y pensar que un siglo tardó mi oración en ser escuchada, si es que aquello no fue pura casualidad. De La Salle, creo que se llamó. Un hombre de cuna noble. Aunque... una rosa, con cualquier otro nombre...

Supongo, que fue eso mismo lo que yo, a mis trece años, fui a buscar al Seminario de Reims: un buen maestro.

Me instalé en aquel lugar, ayudado por mis lacayos, que descargaron mis pertenencias mientras yo fui en busca de mis superiores. Quería que me trataran como a un alumno más, pero, como ya dije, mi escudo no podía ser fácilmente ignorado. Mi llegada causó algo de revuelo, lo cual me incomodó...

Por aquellos años yo era muy tímido.

Ordené a mis sirvientes que, una vez acabados sus quehaceres, descansaran una noche en la ciudad y partieran de vuelta a casa de mi madre. Ella les necesitaría más que yo. Mi última orden, que no sé si cumplieron, fue que no le dijeran a mi madre dónde encontrarme.

Éramos muchos jóvenes en aquel seminario. Los que tenían mi edad ya me llevaban un año de ventaja en su preparación, y aquello, en un principio, me preocupó. Por fortuna, esa sensación se disipó gracias a una visita para mí inesperada. No tenía ni idea de que el mismísimo Obispo de París visitaría el seminario durante mi primer mes de aprendizaje. A él le parecí un alumno superdotado, que ni siquiera precisaría de seguir el ritmo de los demás.

El padre Aaron de Chaumont era mi maestro. La figura que supondría el cabeza de familia era la que representaba él para todos los que estudiaban conmigo. Fue él quien me informó, lleno de gran orgullo, sobre las observaciones del obispo hacia mí. Según el padre Aaron, el tener el visto bueno del obispo no era nada fácil... El hecho de llamar su atención entre tantos otros muchachos era todo un logro que yo ni siquiera había buscado. Se suponía que yo debía

entender aquello como una señal; Dios me había dado dones que a mis compañeros les había negado. Un motivo más para que el padre Aaron no me tratara de forma normal, sino privilegiada, cosa que yo seguía agradeciendo pero rehuendo.

—Gabriel, pequeño arcángel —solía decirme, como agradeciéndome haber caído en sus manos para ganar importancia frente al obispo—, eres especial, hijo. Eres especial.

Una vez, apenas unos meses después de mi ingreso en el seminario, incluso me dijo:

—No dudes en tus actos, hijo. Confía en ti mismo. Tus ansias por conocer al Señor son grandes; seguro que llegarás al Vaticano algún día.

Al día siguiente, aunque no lo supimos hasta dos días después, murió el Papa Pío V. Quizás la idea de tenerme en el Vaticano no le agradó demasiado y decidió marcharse antes de que fuese demasiado tarde.

Aunque tal vez no era su intención, el padre Aaron era bastante quisquilloso. Tenía buenos consejos para todos nosotros, pero nuestras ocurrencias a menudo le hacían entrar en cólera. Pobres de nosotros, que, como todos los niños, a veces no sabíamos si preguntar o callar. Casi cualquier pensamiento, o incluso pregunta al aire, que no fuese contrastable con la Biblia, le parecía motivo de castigo y una auténtica blasfemia. Era recto, severo, inexorable y muy, muy austero. En ocasiones, incluso estando en calma, daba un miedo atroz.

Una vez que nos formamos con las enseñanzas del padre Aaron, mis compañeros y yo habíamos pasado de ser cubos de agua y barro a fuertes bloques de arcilla, listos para ser moldeados por los maestros superiores. Cuando uno es niño es el momento de llenar la mente de lo que de adulto habrá de desarrollar... El tiempo es oro, pues la mente se hace crítica con los años.

El maestro de los alumnos mayores era el padre Bernard d'Arles. Siempre sentí en él cierto apego por el pensamiento de Martín Lutero. Pero jamás lo oí predicar nada de aquel que fue llamado *hereje*, ni admitir haber leído algún escrito por él firmado. En realidad, yo no lo había visto leyendo tales libros, pero tanto lo oí

hablar de la justicia en un tono tan moralizante y al tiempo tan nuevo, que pensé que ningún sacerdote de los que yo había conocido sabía tanto de ella como aquel. Mis pesquisas se confirmaban poco a poco, a pesar de que nunca supe si eran verdaderas, aunque pistas tenía... El padre Bernard agachaba la cabeza en presencia del obispo, en señal de respeto, pero no era eso mismo lo que recibía a cambio. El padre Aaron sí contaba con el favor de Monseigneur, pero el padre Bernard parecía más una amenaza que había que aplastar. Su discreción fue lo que le salvó a través de los años, y tal vez también su buen carácter. Era un hombre tan afable, sobre todo en comparación con el padre Aaron, que sus alumnos jamás le habrían acusado de nada que le hubiese puesto en un compromiso. Ni siquiera los alumnos que congeniaban con las ideas del padre Aaron desmerecían una sola de las palabras del padre Bernard. Por algo era él el maestro superior.

Los años pasaban, y yo me hacía mayor. Con cada nuevo solsticio, mi madre me enviaba una carta, sellada con lacre y nuestro escudo. Yo sabía que no me escribía con cada estación porque le había pedido que no me buscara, y dos cartas al año era una cantidad digna de su famoso recato, aunque en su interior se muriese por ir a verme. No sé si fueron mis sirvientes los que finalmente cedieron ante las exigencias de su Señora y le confesaron mi paradero, o si ella misma había buscado sus propias fuentes en la Iglesia. El caso era que recibía esos largos mensajes escritos de su puño y letra.

Al comienzo de sus cartas siempre me hablaba de la familia, de la casa y de ella misma. Pero la mayor parte de aquellas hermosas redacciones eran súplicas para que fuese a casa, o para que fuese yo en persona quien le escribiese una carta, en lugar de uno de mis superiores, como solía ser. Yo estaba tan ocupado que casi les pedía a mis maestros, como un favor, el que respondieran en mi nombre las cartas de mi madre. Eso la tranquilizaba, pero ni por asomo la satisfacía.

Hubiera querido responderle yo mismo, pero todo me lo impedía, incluso mi preocupación por que ella estuviese bien. Una carta

escrita por mí, tal vez le hubiese dado falsas esperanzas de verme pronto.

Los inviernos y los veranos pasaron, algunos años se hacían difíciles y otros resultaban más llevaderos, aunque ninguno fue fácil. Mi dedicación me agotaba, pero la recompensa se anunciaba enorme.

El verano en el que cumplí veintidós años, recibí la visita del obispo en el seminario. Solía visitarnos cada dos años, regularmente. Pero nunca iba expresamente a hablar con un alumno. Aquel día fue muy importante para mí.

Me hicieron acudir a la presencia de Monseigneur. El padre Bernard me acompañó hasta la puerta, dándome algunos consejos mientras caminaba junto a mí.

—Gabriel, has de ser cauto.

—¿Teméis por mí, maestro?

—Eres muy joven, hijo mío. El obispo cree que tu condición es algo menos humana que la del resto de tus compañeros, por así decirlo —la voz del padre Bernard no mostraba matiz alguno, hablaba tan normal que yo no sabía cómo interpretar sus palabras.

Noté que dos hombres nos seguían, guardando nuestros pasos hacia los aposentos del obispo. Eran los escoltas de Monseigneur. Quizás el padre Bernard no mostraba más que indiferencia en sus palabras, a pesar de no ser éstas poca cosa, para que esos hombres no conocieran su opinión, pues probablemente informarían al obispo. El padre Bernard no estaba de acuerdo con lo que Monseigneur me iba a decir, fuese aquello lo que fuese.

—Padre Bernard, vos sabéis que antes de cualquier privilegio, escogeré servir a Dios y a los hombres. ¿Qué podría ofrecerme el obispo que pudiera hacerme cambiar de parecer? —pregunté, ya intrigado.

—Gabriel, Monseigneur no ofrece nada, y no pide nada. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Me temo que no, padre.

El padre Bernard habló con la voz más suave.

—Si quiere algo de ti, lo tomará a la fuerza.

Habíamos llegado. Los escoltas se pusieron a nuestro lado y abrieron las puertas de los aposentos.

—Adelante, Gabriel —me dijo el padre Bernard, bendiciéndome antes de que me dejaran entrar.

—Os veré más tarde, padre —respondí, viéndole marchar.

—Podéis pasar —me indicó uno de los escoltas.

Me adentré en aquella sala. Era un lugar bastante frío, pero lleno de libros y mesas con papeles, cartas, velas y crucifijos. Las ventanas estaban abiertas, y escuché el sonido de las campanas dando las doce del mediodía.

El obispo estaba sentado en la más grande y ordenada de las mesas. Al oír las puertas, se levantó, y, al verme entrar, sonrió y abrió sus brazos.

—Monseigneur —saludé yo, tomando una de sus manos y besándola.

—Gabriel de Sylvius. Me complace que hayas podido venir. Tengo entendido que, por la dedicación perseverante que entregas a tu preparación, no regalarías un segundo ni al mismísimo Papa.

—Exageraciones, Monseigneur —respondí, humildemente, con una sonrisa—. ¿Puedo preguntar a qué reclamáis a este pobre siervo?

El obispo se dirigió hacia un pequeño trono de madera noble que esperaba por él. Andaba despacio.

—Supongo que te resultará extraño que te haya hecho llamar únicamente a ti, hijo.

—Así es, Monseigneur —me acerqué a él.

—Pues, Gabriel, mi visita tiene una única finalidad —se sentó con cuidado, y yo me quedé en pie, frente a él—. He comparado tus resultados con los de tus compañeros, e incluso me he informado sobre sacerdotes que anteriormente estudiaron en este seminario. Y, Gabriel, tú los superas a todos.

Yo me quedé serio, sin saber qué decir, y sin querer decir nada; sólo escuchar.

—Eres brillante, hijo. Con apenas los diez años de estudios que llevas a tus espaldas, sirviendo a la Compañía de Jesús, destacas más que algunos de los cardenales a los que conozco —aquello me

incomodó un poco—. Gabriel, no puedo permitir que te quedes aquí cuatro años más. No lo necesitas, y serías mucho más útil en una iglesia.

Nunca me habría imaginado que el obispo me insinuaría algo así.

—Monseigneur, ¿estáis pidiéndome que abandone el seminario? Mi formación no está acabada.

—Gabriel, sé que no es esta la clase de visita que podrías haber esperado. Conozco tu pasión por el saber, y entiendo que quieras aprender aún más de lo que ya sabes. Pero, hijo mío, ningún maestro podría inculcarte más de lo que ya conoces —yo discrepaba, pero no hablé—. Tu alma es pura, y tu servidumbre a Dios es ejemplar. Gabriel, no necesitas nada más. Diez años de formación, me temo, ya son excesivos.

Ambos quedamos en silencio. Mis horas de estudio me habían hecho ser mejor, eso no podía dudarlo... Pero, ¿habían sido suficientes, como el obispo intentaba hacerme ver? Mis compañeros no acabarían su formación hasta pasados otros cuatro años...

—¿Qué queréis de mí, Monseigneur, ahora que mi preparación ha concluido? —pregunté, arrodillándome, con la cabeza agachada, dando por sentado que no había cabida a la discusión.

El obispo sonrió, complacido. La obediencia era un pilar inquebrantable para los jesuitas.

—No sabes cuán grande es mi felicidad, hijo mío —dijo—. Vendrás conmigo a París —entonces alcé la mirada, sin poder creerlo. Quise sonreír, y por respeto me privé—. Hace tiempo que me siento en demasía débil y cansado como para ocuparme de mi amada Notre Dame a cada hora. Preciso de tu ayuda, Gabriel.

—París... ¿En qué podría ayudaros yo, Monseigneur? No tengo la experiencia ni el nombre que merece la catedral.

El obispo rio como si yo fuese un niño pequeño perdido que le había ofrecido una excusa torpe y apurada. Mostró ternura y comprensión, pero de ninguna manera permitiría que continuara en el seminario.

—Calma, Gabriel —sonrió—. No necesitas experiencia alguna teniendo tu privilegiado sentido de la fe. Puede que la primera vez tengas algún apuro, y tal vez la segunda vez te sientas inquieto...

Pero sé paciente y ten fe, que Dios sabrá guiarte en tu labor de sacerdote. Cuando hayas oficiado misa por tercera vez, cree en mis palabras, no recordarás estas dudas que ahora te atormentan.

No pronuncié más palabras. Mi respiración era pesada, y entre la alegría desbordante que sentí por mi próximo viaje hasta la capital, se colaban las dudas de si sería o no capaz de servir a Dios sin haber acabado mi formación.

Confíe en el obispo, a pesar de mis remordimientos.

—Me siento infinitamente honrado de que depositéis en mí vuestra confianza, Monseigneur —dije, poniéndome en pie.

—Prepara tu equipaje, Gabriel. Esta noche partiremos hacia París —fue su última orden, que escuché para seguidamente reverenciarle y salir de aquella sala.

Apenas tuve tiempo para despedirme del padre Bernard, quien me dio su bendición y sus ánimos, aunque no mostró entusiasmo; y del padre Aaron, que se mostraba exultante por lo que él se tomaba como un logro personal.

Reuní todas mis cosas. Cupieron en un pequeño fardo. Con el fin de dejar a mis sucesores en el seminario todo lo que me era prescindible, fueron muchos los abalorios y las ropas a las que renuncié al marcharme. Sólo me guardé para mí la Biblia de mi madre.

Por encima de todas mis impresiones, más allá de la inquietud o el temor a equivocarme, sentía algo muy poderoso: emoción. Enfrentarme a una situación nueva, con todas sus expectativas quemando mi imaginación, me hizo sonreír de verdad. Estaba orgulloso de mí mismo, aunque abnegado en mi modestia, como era ya para mí costumbre.

Sólo con pensarlo, ya me ilusionaba... París.

# Paris

Aquella mañana fue para mí la más radiante que el Señor me había otorgado. París pudo recibirme con nubes grises en pleno verano, pero tuvo la bondad de ofrecerme su mejor cara, soleada y calurosa, en aquel amanecer de agosto.

A través de las ventanas del carruaje que el obispo puso a mi disposición, y en el que dormí toda la noche cuando continuábamos en camino, vi surgir una ciudad espectacular, cuya belleza sobrepasaba todo cuanto yo hubiese imaginado. La capital aún tenía el sabor del Renacimiento en la piel, mezclado con los primeros y seguros rayos de modernidad. El Sol la bañaba como jamás vi que tocara ciudad alguna en Francia.

El obispo viajaba en un carruaje que encabezaba un pomposo séquito, del cual yo formaba parte. Sus ventanas permanecieron echadas todo el camino, para no ser visto. Sin embargo, yo no pude resistirme a ver todo cuanto me rodeaba.

Así como las callejuelas de París y sus preciosas casas me robaron el corazón, quedé enamorado de su gentío, siempre vivaracho y con mil cosas que contar. Las gentes en París se ganaban la vida de forma humilde, sobre todo aquellas personas que no poseían un alto rango social. En las calles más cercanas a la rivera del Sena, había pintores y bailarines, trabajando por unas pocas monedas. Los mercados abundaban, y proveían a los habitantes de alimentos, útiles de todo tipo, vestimentas y noticias frescas...

Una de las buenas nuevas que llegaron a mis oídos, gracias a los gritos de los informantes, fue que el obispo había regresado a la ciudad, y que en apenas una hora oficiaría una misa en la catedral. Por supuesto, yo esto lo conocía antes de escucharlo, al ser yo mismo el acompañante de Monseigneur, pero de aquel momento de felicidad todo me resulta digno de recordar.

Nada de esto es comparable a lo que sentí cuando mi carruaje paró frente a la catedral. Quedé extasiado por la imagen que ante mis ojos se alzó: Notre-Dame de París. No podía creer que fuese tan hermosa... ni que yo fuese a tener el privilegio de officiar misa en sus entrañas de piedra y color.

Era una iglesia gótica, no tan impactante en sus florituras como lo era la catedral de Reims. Pero Dios supo, cuando la erigieron para él, que esa catedral, y no otra, sería para el Vaticano la niña de sus ojos.

Bajé de mi carruaje y me quedé sin habla frente al edificio. Las puertas de la catedral estaban cerradas en aquel momento. Hasta que el obispo no estuviese listo para officiar la misa de las doce, nadie abriría las puertas a los feligreses. Algunos indigentes se acercaron al ver la pompa con la que el obispo volvía a la ciudad. Los pobres diablos dieron gracias a Dios por el regreso de Monseigneur, aunque eso no les fuera a dar de comer.

Los lacayos del obispo me indicaron el camino para llegar ante él, ya en el interior del imponente templo. Por la expresión que Monseigneur puso al verme, se diría que intuyó lo mucho que la ciudad me había impactado, y se sentía complacido de que me pareciese un lugar maravilloso.

En aquella habitación, vi por primera vez a Monseigneur sin su mitra. Realmente parecía un hombre anciano y cansado, mucho menos poderoso sin su vestuario completo.

—Acércate, Gabriel —me pidió, para que lo ayudara a sentarse—. Espero que el viaje te haya resultado lo menos incómodo que pudiera haber sido. Al menos, no creo que acabara con la firmeza de tu espalda, como ha conseguido con la mía.

Sonreí con suavidad.

—Es bellísima esta ciudad, Monseigneur —observé.

—París siempre lo ha sido, hijo mío —suspiró—. Será París lo que más añore mi alma inmortal cuando esté en el Reino de los Cielos, una vez que el Altísimo decida que merezco el honor de estar allí.

—Os lo ruego, Excelencia, no habléis de la muerte. Aún os necesitamos aquí —yo no sabía si eso era o no cierto, pero lo creía,

como creía muchas otras cosas.

—Aún me quedan cosas por hacer en este mundo, Gabriel. Sobre eso, hijo mío, no albergues duda alguna... Pero me siento viejo, muy viejo, desde que tenía tu edad. Ahora, con cada mañana, los años pesan más y más, inexorables en su lucha por hacerme caer de una vez por todas.

Él sonrió, sin darle a la muerte la importancia que yo le daba.

—¿No teméis a la muerte, Monseigneur? —pregunté, inocentemente.

—Dios es misericordioso. Nada he de temer —respondió. Cambió de cuestión, viendo mi desorientación en cuanto a la muerte, de la que supuso que debería de encargarse personalmente—. Gabriel, quiero que asistas a la misa que oficiaré a mediodía...

—No podría hacer lo contrario, Monseigneur —me apresuré a responder.

—Aprende cuanto puedas, hijo. Antes de que acabe el verano, te habré nombrado sacerdote... —paró un segundo para observar mi mirada repleta de ilusión—. Y, antes de que llegue el invierno, todo feligrés de Notre-Dame sabrá quién eres, Gabriel.

—Monseigneur —respondí, afirmando pero con la curiosidad mordiéndome el estómago.

—Una vez que seas sacerdote, te ocuparás tú de las misas a partir del atardecer. Mi salud está demasiado débil como para continuar en pie a esas horas, Gabriel. Necesito que tú me releves en mis deberes.

—¿Monseigneur, os dais cuenta de lo que me estáis pidiendo?

—Sí. Por eso te lo pido a ti y no a otro. No dejaría a mi amada Notre-Dame en manos de cualquier diablo, por muy santas que fueran sus vestimentas... Ni en manos de cualquier sacerdote —dijo, notando que me había escandalizado—. Necesitaba encontrar a alguien especial. Alguien único, como tú, Gabriel. Eres como una cristalina lágrima de desesperación derramada por Jesucristo, y caída en esta Tierra para aliviar los males de los mortales. Lo noté desde que te vi siendo casi un niño.

—Vuestra bondad os hace verme diferente, Monseigneur. No soy más que...

—No, Gabriel —pareció tan serio que callé—. Soy viejo, sé mucho más de esta vida de lo que tú ya conoces, y te aseguro que no estoy ciego. Sé que esto te aterra, por la envergadura de la responsabilidad que pongo sobre tus hombros. Pero tú eres capaz de hacerlo mejor que nadie... y lo harás, porque yo nunca me equivoco.

—No os decepcionaré, Excelencia —dije, asintiendo a lo que él decía.

—Descansa, Gabriel. En la catedral hay un lugar para que te instales. Mis monaguillos te guiarán; te están esperando —señaló la puerta cerrada, dando a entender que estaban al otro lado.

Antes de marcharme, besé con reverencia el anillo pastoral que llevaba en su vieja mano derecha.

Mis aposentos eran muy cómodos y más amplios de lo que esperaba.

Las bellísimas ventanas de cristal me dejaban ver el Sena y me ofrecerían una mirada directa hacia las puestas de sol más coloridas que hasta entonces hubiese visto. Abrí una de ellas para que el aire pudiese pasar y descongestionara la habitación, que seguramente había estado vacía durante varios años. El lugar necesitaba descargarse.

Había varios libros, colocados en estanterías recién limpiadas, a los cuales sumé mi Biblia.

Me senté en la cama durante un rato, observando simplemente, y escuchando con atención lo que esos muros podían revelarme. Un crucifijo vigilaba sobre el cabezal de la cama, silencioso y constante. El colchón era mejor que el que tuve durante mis años de estudio, y más grande. Vi que había sábanas limpias y blancas sobre él, perfectamente dobladas, esperando a que yo mismo las colocase a la hora de descansar.

La mesa de madera que había junto a la ventana que dejé abierta estaba muy bien iluminada durante el día. Sobre ella descansaban tres velas que aún no habían sido encendidas, listas para serme de ayuda durante las noches.

Aquel lugar me inspiraba para meditar y reflexionar, y mirar a través de la ventana me animaba a sonreír.

La primera vez que miré el río bajo mi ventana, su profundidad y belleza me hicieron perder la noción del tiempo, dejándome allí, admirado y preparado para amar esa ciudad maravillosa. Apoyado en el alféizar de la ventana, miré todo cuando se extendía ante mis ojos. Entonces recordé a mi padre, y respiré profundamente, pensando que me hubiese gustado poder explicarle lo que estaba sintiendo. Una mezcla de orgullo, vértigo, adrenalina y ganas de sonreír. Le di las gracias a mi padre, allá donde estuviese él, por todo lo que me había dado para crecer. Por fin, ese niño había crecido. En ese momento, me sentí un hombre.

Tras acomodarme, tomé un libro y comencé a leer sin preocuparme de nada más. Pero el sueño me embaucó, pues esa noche no había dormido tranquilo por la emoción del viaje, y el cansancio que arrastraba conmigo era poderoso. Cerré los ojos y comencé a soñar.

Unos golpes en la puerta de mis aposentos me sacaron de mi profundo letargo. Me incorporé, viendo que la luz que entraba por las ventanas no era tan fuerte como antes. No tenía idea de qué hora sería, ni de quién llamaba a mi puerta. Me puse en pie y anduve con paso un poco torpe hasta alcanzar el pomo para abrir. Frente a mí estaba el más joven de los monaguillos del obispo. Era un niño de apenas siete años, cuya mayor ocupación consistía en estar limpio y mantenerse erguido, para ser una digna compañía del obispo.

—Maurice.

—Monsieur de Sylvius...

—Gabriel —le pedí, sonriéndole.

—¿Estáis seguro de que preferís que os llame por vuestro nombre, monsieur? El obispo no lo verá bien. Afirma que nuestra valía se refleja en la forma en la que nos dirigimos a nuestros mayores.

—Soy más viejo que tú, joven Maurice, pero no mayor. En la casa de Dios todos somos iguales.

—¿Sois igual que el obispo? —aquella pregunta fue inocente, y me hizo reír.

—En cierto modo, joven Maurice, en cierto modo. Él es igual que yo, pero merecedor de mayor respeto.

—El obispo desea que os avise de que la misa comenzará en unos minutos. Me envía para avisaros a vos y al campanero —me dijo.

Me fijé entonces en que llevaba un saco de lino marrón. Quizás fijé demasiado mi mirada en él, porque el joven Maurice habló tras notarlo.

—Es para él, monsieur —dijo, cambiando su mirada tierna por una más oscura—. El campanero no suele bajar. Yo me encargo a veces de llevarle la comida. Pan, leche y algo de fruta; a veces uvas... pero sólo a veces. Confieso que siempre tomo alguna cuando le llevo uvas.

—Un caro manjar, joven Maurice.

—Siempre rezo después —respondió, buscando mi complicidad.

—¿El campanero es un sacerdote?

Me pareció que el niño me lanzó una mirada incrédula. Como si la pregunta hubiese sido demasiado ocurrente.

—Es un pobre diablo, monsieur de Sylvius —dijo, queriendo que sus palabras sonaran misericordiosas—. Un hombre maltrecho que apenas puede pronunciar palabra y que no es capaz de oír nada. Las campanas le dejaron sordo.

—¿Y vive aquí, en la catedral? —el niño empezó a ponerse nervioso.

—Monsieur, tengo que marcharme ya. Debo apresurarme, o llegaré tarde. El obispo no me lo perdonaría. Os esperamos en misa.

Tras aquellas palabras se fue, andando con celeridad.

Yo volví a cerrar la puerta. Me había dejado bastante intrigado. A pesar de que durante años uno de los aspectos más persistentes de mi educación fue el que me advertía de lo malévolos de la morbosa curiosidad, que era un mal que arrastraba a los mejores hombres y que convertía en estatuas de sal a las mejores mujeres, era ésta quizás mi mayor defecto.

Asistí a misa, una vez que oí las campanas de la catedral sonar con fuerza. Aquella llamada limpia y contundente hacía vibrar los

cimientos de NotreDame. Y poco a poco, gracias a los tañidos de bronce, las gentes llenaban los asientos frente al altar.

El obispo me hizo un gesto de bienvenida al verme sentado a su derecha, discretamente oculto entre sus monaguillos. Yo respondí a ese gesto, inclinando un poco la cabeza. Al fin de mi reverencia, el obispo comenzó la liturgia.

Para mí fue muy emocionante, pero apenas miré lo que hacía el obispo. Me parecían fascinantes los rostros de las personas que acudían a la llamada de la iglesia. Sus rostros eran muy diferentes.

Al frente, más cercanas al altar, personas de la nobleza, sobre todo mujeres. Las damas que estaban desposadas con los señores nobles acudían a la catedral en lujosos carruajes, acompañadas por un pequeño séquito, y ornamentadas sin pudor. Más atrás, los rostros de los ciudadanos dedicados al comercio, gentes que trabajaban en su mayoría para aquellos señores que tenían por esposas a las damas enjoyadas. Y, finalmente, los vasallos, plebeyos y pobres. Esas eran las caras más fascinantes. Su dolor se podía sentir, su hambre se podía tocar.

Al finalizar la ceremonia, los ricos se marchaban, pero los pobres permanecían horas rezando con la esperanza como única compañera.

El obispo se retiró, haciéndome un gesto que me indicó que le acompañara. Me hubiese gustado quedarme a hablar con alguno de los feligreses, pero concluí que aún no era el momento y obedecí.

Fuera de la vista de los que aún rezaban ante el altar, el obispo me habló con voz cansada, mientras sus monaguillos le ayudaban a cambiarse de atuendo.

—Espero que la misa te haya llenado de paz, Gabriel. Observa bien, porque pronto estarás realizando tú cada uno de los pasos que Dios exige desde que suenan las campanas hasta que el altar escucha el último amén de la misa.

—No perdí detalle, Monseigneur.

—He notado tu interés en las personas que han asistido.

—Jamás había visto tanta gente en una misma iglesia. Ha sido magnífico.

—Me complace saber que has tenido una buena experiencia —el obispo hizo un gesto a sus monaguillos para que se retirasen—.

Hablemos ahora.

—Monseigneur.

—Maurice es una persona demasiado joven. Sus nervios le traicionan a veces.

Me quedé en silencio, mirándole a los ojos. Esperé a que hablara de nuevo.

—Hijo mío, no debiste preguntarle por el campanero —dijo con naturalidad a mi parecer fingida—. Maurice es muy impresionable.

—Lo siento, Monseigneur. Pensé que mis preguntas no incomodaban a nadie.

—No me incomodan —respondió, esta vez con voz seca. Parecía que yo le hubiera acusado de ocultar algo.

—Perdón, Monseigneur —bajé la mirada.

Tardó un momento en encontrar las palabras para volver a hablar, con cierta vacilación.

—Gabriel, sé que serás un buen sacerdote para esta catedral, así que es justo que la conozcas. Pero nunca subas al campanario.

—No, Monseigneur.

—El campanero es un hombre inofensivo que piensa y siente como una criatura de diez primaveras. Pero es un hombre de una edad similar a la tuya, hijo mío.

—Un hombre maltrecho, según me ha dicho el joven Maurice —esperé que mis palabras no hubieran sido muy atrevidas.

—Y no te mintió —respiró, decidido a hablarme sin rodeos—. Ese hombre vive oculto del mundo y es lo mejor que puede hacer. Su cuerpo es deforme, su rostro está desfigurado y sus sentidos están casi por completo anulados.

Oír aquello me llenó de espanto, incomodidad y compasión.

—El campanero está bajo la protección y el cuidado de monsieur de La Tulipe. No es asunto nuestro, yo sólo ayudo para mantenerlo oculto.

—¿Monsieur de La Tulipe?

—El Ministro de Justicia —fue tan profunda la manera en la que el obispo pronunció esas palabras que comprendí perfectamente cuán delicada era la situación.

—Queréis que me mantenga al margen, Monseigneur, y lo haré.

—Muy sabio por tu parte, Gabriel.

—Pero no me neguéis la verdad, os lo ruego.

El obispo suspiró y se santiguó. Asintió y me miró a los ojos.

—El niño nació con la marca del Diablo, así que el ministro pensó que su hijo sólo recibiría la bendición de Cristo pasando la vida dentro de estos muros sagrados. Me pidió que lo mantuviera ocupado en el campanario.

—Monseigneur, ¿cómo podéis decirme eso? —me escandalicé, sin poder evitarlo—. ¿No veis que ese padre encerró a su hijo por orgullo y no por piedad?

—Querías la verdad. Esa es la única verdad posible —supuse que aquella sería una lección difícil de aprender, porque estaba en desacuerdo con la enseñanza misma que encerraba.

—Es una verdad opaca, fabricada bajo los designios de un hombre con poder —me permití decir—. ¿Cómo podéis...?

—La verdad, Gabriel —profirió, bastante nervioso—, es que el ministro iba a matar al niño tras bautizarlo. Yo le pedí que no lo hiciera. Yo bauticé a ese niño y rogué a su padre por que lo dejara en la catedral, oculto del resto del mundo... ¡Yo salvé a ese niño de las llamas del Infierno!

Aquello me dejó absolutamente paralizado.

—Lo que te estoy pidiendo, Gabriel, es que ignores su presencia —habló más tranquilo—. Hijo mío, alguien con un cuerpo y una mente como la de ese pobre joven... Difícilmente sobrevivirá muchos más años.

Respiré profundamente, resignado y dolido por aquella tristísima historia. Sólo tenía una pregunta más.

—¿Cómo se llama él?

—¿Un nombre?

—Vos le bautizasteis. ¿Qué nombre le pusisteis?

—Si te soy sincero, hijo mío... No lo recuerdo.

Quando volví a mi recámara, me sentí muy frustrado. Aquella noche recé por un hombre sin nombre que no había sido tocado por la mano de ningún santo antes de nacer. Pensé mucho y apenas dormí, enfrascado en mi lucha interna sobre el bien y el mal, lo que es correcto y lo que no. Y todo ello resultaría en realidad infructuoso, porque yo nada podía hacer. Pero... ¿Qué padre acabaría con la

vida de su hijo sólo porque éste no fuera como se esperaba? De las entrañas de ese hombre, de ese ministro de fingida justicia, quizás no pudiera salir nada bueno.

A la mañana siguiente, bajé de mis aposentos para asistir a misa. De nuevo el mismo ritual; sólo cambiaron las caras que se sentaban ante el altar. Había más pobres y menos ricos. También la expresión del joven Maurice estaba cambiada, el sueño era un cruel enemigo para tan precoz madrugador.

Tras la misa, el obispo le dio el saco color marrón a Maurice, el mismo que cargó el día anterior. Volvía a estar lleno de algún alimento. El niño fue enviado al campanario.

—Gabriel —me llamó el obispo, viendo que mi mirada seguía los pasos de su pequeño monaguillo.

—Monseigneur —le reverencié.

—Buenos días, hijo —me saludó—. Hoy visitarás el mercado de la ciudad. Maurice te acompañará.

—¿Al mercado, Monseigneur?

—Necesito que traigas buen vino para la misa de doce. Estamos escasos —me dijo, poniendo unas monedas en mis manos—. No gastes mucho oro, hijo mío. El Diablo se disfraza de muchas cosas, pero casi siempre de dinero.

—Descuidad, Monseigneur. Me encuentro muy dispuesto a conocer esta ciudad, y también a sus gentes. Es algo que logra fascinarme, el gentío y sus costumbres.

El obispo parecía no compartir mi entusiasmo por la vida del populacho, y no se preocupaba por disimularlo.

—Después de mucho tiempo viviendo en ella, Gabriel, he de decir que la ciudad es más bella cuanto menos ruido hay en sus calles. Quizás sea porque ya soy muy viejo y el desorden me asquea...

Los pasos rápidos de Maurice se escucharon a mis espaldas.

—Ah, joven Maurice —le saludé.

—Gabriel —me hizo una reverencia—. Quiero decir... Monsieur de Sylvius —volvió a reverenciarme, tras quedar helado con la mirada que el obispo le había proferido tras oír mi nombre de pila brotar de sus inocentes labios.

—Volved a tiempo para la misa de doce —fue lo único que nos dijo el obispo, para vernos marchar al mercado.

—Ya veréis como os va a gustar el olor del mercado, monsieur —hablaba el pequeño Maurice, que parecía no poder callar, alegrando mi paseo con sus comentarios y ocurrencias infantiles—. Esa es la casa del panadero, por allí huele muy bien.

—Qué duda podría yo tener al respecto —sonreí.

—Los mejores carniceros tienen animales vivos junto a sus puestos. Están bien encerrados, pero a veces se escapan —me advirtió—. Las gallinas son especialmente escurridizas.

Ya conseguía yo oler los distintos aromas que contenía el mercado de París. Era aquella una mezcla de olores intensa. Lo más repugnante, aportado por las vísceras y los restos de pescado acumulados, así como las boñigas de los múltiples animales que allí había, se mezclaba inexorablemente con el olor a vainilla, flores silvestres y deliciosas frutas frescas. Maurice poseía, sobre todo, un olfato muy desarrollado para elegir el mejor vino, el que más satisficiera al obispo.

Mientras mi pequeño compañero se acercaba a varios barriles de vino, con la intención de comprobar la calidad del líquido que guardaba cada uno en su interior, yo observaba y observaba sin disimulos. En el centro de la plaza, un titiritero subyugaba a sus preciosas marionetas para realizar trucos de magia y crear risas.

—Este es el mejor vino —la sentencia firme y segura de Maurice devolvió mi mirada hacia sus ojos.

—¿Tú crees? —pregunté.

—Probadlo si no me creéis —me ofreció un poco de aquel vino en un cazo de metal. Tuve que admitir que tenía toda la razón al dar cuenta de aquel fogoso Merlot.

—No es el mejor vino que he probado —respondí—, mas puedo asegurarte que el obispo no quedará insatisfecho con él. Es una gran elección, joven Maurice.

—Gracias, monsieur —sonrió él, al ver que yo estaba de acuerdo con su decisión.

—Adelante, compra lo que necesites —le indiqué.

Maurice habló con el tendero, que esperaba impaciente.

—Un barril —dijo el niño, muy seguro—. Para antes de la misa de doce.

Entonces, el pequeño me miró a mí. Tardé un momento en reaccionar, hasta que recordé que yo guardaba las monedas. Sonreí por mi torpeza, pero tantas cosas maravillosas a mi alrededor me desconcertaban.

Pagué al tendero y él se encargó de que sus hijos tomaran el barril y lo subieran a un pequeño carro, tirado por una mula. Se dirigiría a la catedral sin demora. Yo quería quedarme más tiempo allí, pero Maurice insistió en que no nos fiásemos, que subiésemos al carro y nos sentásemos junto al barril de vino. Dijo que los hijos del tendero podían no ser del todo considerados, sacar vino del barril, o cambiarlo por otro, si no estábamos atentos. Yo reí de buena gana.

—Maurice, si el vino fuese tuyo, podrías temer algo... Pero ese vino está destinado a ser la sangre de Cristo. Ni el más impío de los pecadores sería tan rastrero como para mancillarlo —le dije.

Sólo le convencí a medias. Me pidió que, al menos, siguiéramos al carro, si tan grande era mi deseo de continuar con nuestro paseo matutino. Así hicimos.

Al salir de la plaza, escuché una música que nunca antes había escuchado. Era más o menos rápida y tenía tintes que me eran desconocidos. Observé al grupo de personas del cual provenían aquellos sonidos tan exóticos. Un hombre hacía malabares al son de la música, demostrando gran habilidad y equilibrio. Junto a él, una joven bailaba de forma notable. Le pedí a Maurice que se parase, yo tenía que admirar aquello detenidamente. Mi pequeño compañero no estaba de acuerdo, aunque obedeció.

Observé el baile de la muchacha hasta que ella posó sus ojos en mí. Me sentí avergonzado y dirigí mi mirada hacia el malabarista. Ella, briosa y joven, no dejó que mi pudor fuese impedimento suficiente como para ignorarla. Mis ropas de aprendiz de sacerdote no le resultaban intimidantes, y con una sonrisa me hizo una reverencia y bailó especialmente para mí. No muchas personas se paraban a mirar, pero ver a un sacerdote amparando aquel pequeño espectáculo daba más confianza al gentío. Las gentes se fueron acercando hasta crear un corro alrededor de los músicos, el

malabarista y la bailarina. Lo que no cambiaba, por más que un sacerdote fuese parte del público, era el hecho de que las monedas seguían sin caer a los pies de la muchacha o a los del ágil malabarista, que finalmente lo que buscaban era ganarse la vida ofreciendo ese pequeño entretenimiento en las calles.

Sin pensar demasiado en el obispo, arrojé unas monedas a la bailarina. Maurice entró en pánico, pero se quedó callado. La muchacha se agachó en seguida a recogerlas del suelo. Me miró con una amplia sonrisa y me reverenció. Iba a devolverle el gesto con una sonrisa cuando un corcel de brillante pelaje marrón, montado por un guardia, se precipitó contra el corro de gente, seguido de varios más. Observé cómo la gente perdía la calma, terriblemente alarmada, y cómo los músicos eran arrestados. La muchacha logró huir despavorida, al igual que el malabarista.

—Salgamos de aquí, monsieur —me pidió, asustado, Maurice, alzando la voz para que consiguiera escucharle entre el griterío que aquellos guardias habían levantado en la gente.

Cuando llegamos a la catedral, aún quedaba un rato para que fueran las doce, y los hijos del tendero habían trasladado el barril de vino al interior de Notre-Dame.

—¿Es normal eso que ha ocurrido en la plaza? —le pregunté a Maurice.

—A veces ocurre. Las gentes del Este suelen meterse en problemas con la Justicia. Son perseguidos porque alteran el orden —me explicó Maurice, que no se dio cuenta de que el obispo estaba a sus espaldas.

—Maurice —le hablé, haciendo que el pequeño se diera la vuelta —, ven. Prepara el vino, el agua y todo lo demás... No queda mucho tiempo, apúrate.

El pequeño desapareció tras una puerta, y el obispo se acercó a mí.

—Las gentes del Este —murmuró—. No son buenos cristianos. No vienen a misa...

—¿Por qué son perseguidos?

—Los gitanos no se ciernen a nuestras leyes, Gabriel, alguien tiene que exigirles que lo hagan. ¿Qué ha ocurrido?

—Sólo era un grupo de animadores callejeros. Baile, música... Nada malo.

—¿Nada malo? —pareció escandalizarse—. Gabriel, hijo mío, ¿no me dirás que has observado el baile de una mujer?

—Monseigneur... No me fijé en... —entonces fui yo el que se sintió avergonzado.

—¿En que era una mujer? —preguntó, con sarcasmo—. Hijo, no seas tan inocente.

—Lo lamento. No la mirarla, sólo admiraba el baile. Pienso que no hacía nada malo. No al menos para tener que huir de la guardia.

—Los clanes de gitanos no comparten nuestras costumbres ni nuestras leyes. Apenas saben balbucear francés, que es la lengua de Cristo —su descontento no iba contra mí, iba claramente contra ellos—. Si vinieran a la iglesia más a menudo, yo mismo les ofrecería protección.

—Quizás si les ofrecieseis protección, vendrían más a la iglesia. Dad vos el primer paso.

—No puedo obligar a nadie a acercarse a Dios.

—Sólo extended la mano.

—Que aprendan a no ser tan orgullosos. Les será útil esa lección —dijo, con arrogancia.

Durante la misa de doce me quedé postrado en el mismo lugar del día anterior, el mismo lugar de aquella mañana. Un señor vestido de terciopelo verde oscuro ocupaba un asiento en primera fila. Llevaba un parche negro en el ojo izquierdo. Su rostro era muy noble, tenía fuerza y presencia. Parecía un conde, o algún noble de mayor rango. A su lado se sentaba una hermosa mujer, que sin duda le acompañaba, probablemente su esposa. Ella tenía el rostro muy pálido a excepción de sus mejillas sonrosadas, además lucía un cabello pelirrojo desbordante de brillo.

Seguí mirando a las personas que ocupaban los asientos. Mi sorpresa fue mayúscula cuando vi a la joven bailarina sentada en el extremo de un banco alejado del altar. No dejó de mirarme durante toda la liturgia. Por suerte, el obispo ignoraba por completo aquella situación. No así Maurice, que no le quitaba ojo a la muchacha, no

sabía yo si por miedo a su presencia o por una inconfesable admiración por sus pasos de baile.

Al finalizar la misa, el obispo saludó al caballero de ropas de terciopelo verde. La iglesia se fue vaciando de gente, de nuevo sólo algunos pobres quedaron arrodillados en sus asientos. El obispo invitó a pasar al interior de la iglesia al caballero y a la dama de gran que, en efecto, le acompañaba. El resto de señores nobles ya se había esfumado. Quizás el obispo hubiese querido presentarme a tan exquisita pareja, pero no seguí sus pasos. La mirada de aquella muchacha me intrigaba demasiado como para ignorarla.

La joven estaba agachada en su asiento, procurando aparentar que rezaba alguna larguísima oración. Me acerqué a ella y me senté a su lado.

—Parad —le pedí, sin aguantar más aquella inocente farsa.

—Enseñadme a rezar —me dijo, nada más poner su mirada en la mía.

Era una muchacha delgada y llamativamente voluptuosa, debía admitirlo aunque ello me costase tener que rezar el rosario quedándome en vela siete noches. No tenía aún mi edad, aunque tampoco podía ser mucho más joven que yo. Su mirada era de color verde intenso, sus labios carnosos se mostraban rosados y sus cabellos estaban bastante sucios. Quizás fuese rubia, pero entre tanta suciedad apenas mostraba un cabello color café muy apagado.

—¿Cómo os llamáis?

Ella vaciló. Creí que no me había entendido.

—¿Cuál es vuestro nombre?

—Me llamo Svetlana. Decidme, ¿vos cómo os llamáis? —su pronunciación era perfecta, aunque su acento se dejaba notar sin duda.

—Gabriel —respondí.

—Tenéis nombre de arcángel —dijo ella, que en el fondo parecía desconfiar de mí.

—Sí —respondí—. El tuyo no es el nombre de una cristiana...

—Mi nombre me gusta —dijo ella, ofendida.

Sonreí sin más.

—¿Por qué queréis aprender a rezar? —quise saber.

—Los guardias me dejarán en paz si conocen que soy creyente.

—¿Y el resto de vuestra familia?

—Se esconden.

—¿Por qué os persiguen?

—Creen que somos ladrones. Dicen que traemos el mal. Pero no es cierto. Mi familia y yo sólo sabemos vivir de la música y los juegos.

Comprendí en seguida que en su tierra, fuese ésta la que fuese, el juego y la música no se veían como una invocación a la lujuria, el pecado y todo lo que ello conllevaba. La música y los bailes de aquellos guetos habrían desequilibrado las más racionales vidas en París, tan fuertemente controladas por el poder de la Iglesia.

—La discordia es inevitable —dije—. El baile y el juego, si son inoportunos, pueden conducir al pecado, incluso serlo por sí mismos.

—¿Sois sacerdote? —me preguntó.

—Todavía no.

—¿Podéis pecar aún? —no entendí muy bien qué quería preguntarme con aquello, pero reí porque me pareció una ocurrencia más propia de Maurice.

—El pecado está penalizado. Pero todos podemos pecar —le expliqué.

—Por eso me habéis visto bailar. Porque no os daba miedo el castigo.

Me sentí confuso por un segundo, pero en seguida debatí esa afirmación. Me puse serio para defender mi inocencia de pensamiento.

—He observado el baile. No a vos —respondí, sin saber cómo explicarlo.

Al parecer, me entendió mucho mejor de lo que yo esperaba.

—¿No me mirasteis a mí? —casi parecía decepcionada.

—No, me temo que no.

—¿Cuándo seréis sacerdote, Gabriel?

—Pronto.

—¿Cuándo? —preguntó, impetuosa, como una niña pequeña que le exige a su padre una respuesta.

—Al final del verano. Antes de que llegue el otoño —sonreí.

—Vendré a vuestras misas. Entonces me enseñaréis a rezar y podré andar por las calles sin...

—¿Sin qué?

—Sin miedo.

Su respuesta fue tan fría que no pude evitar hacerle otra pregunta.

—¿Por qué esperáis a que yo sea el sacerdote? El obispo da misa todos los días. Venid a verle a él; yo os prometo que os enseñaré a rezar.

—Esperaré —dijo.

—¿Por qué? —pregunté, ante su testarudez, con una sonrisa.

—El obispo odia a los gitanos, Gabriel.

Las semanas pasaron, y cada día yo me adecuaba más a lo que Notre-Dame requería de mí. Lo más apreciado era sin duda la discreción. Si algo no era como debía ser, en la iglesia habíamos de procurar solucionarlo, pero si la solución causaba más revuelo que la ocultación, era preferible lo segundo.

El obispo me indicó que mi complacencia había de ser mayúscula hacia la nobleza, sus errores debían ser perdonados sin reservas, pues, según decía Monseigneur, sus hombros cargaban con pesos inimaginables por los campesinos. El obispo tenía la creencia de que ser un hombre noble era mucho más trabajoso que ser un hombre pobre, porque el pobre no tenía que preocuparse más que de hacer lo que era su deber, mientras que los nobles tenían vidas llenas de... intrigas, por así decirlo. Yo estaba tan ciego que creía que, a pesar de mi desconcierto, aquello debía de ser cierto. Admito que antes era más inocente, irremediablemente. Tardé algo más de tiempo en comprender que la Iglesia se asentaba con fuerza en el poder y que, por pura conveniencia, de los poderosos habíamos de ser amigos. Yo sólo esperaba que, al menos, amparados por todo ese poder y todas esas riquezas de la nobleza, pudiéramos ayudar más y mejor a los pobres.

A medida que se acercaba el día de mi ordenación, las dudas parecían invadirme con más virulencia, pero me resistí a caer en su juego. No les entregué ni un solo segundo de mi tiempo para

intentar resolverlas. Había llegado hasta allí y estaba orgulloso de mi ascenso, orgulloso del camino que había recorrido de la mano de aquel dios que en realidad me era un auténtico desconocido. Pensé que le conocía bien, pero el obispo me confundía con cada nuevo consejo o con cada observación sobre el mundo. Yo procuraba aprehender todos esos consejos, que mayoritariamente eran más prácticos que espirituales.

A pesar de todo, yo estaba decidido a continuar hasta el final, viéndome a mí mismo entusiasmado como nunca antes lo había estado.

Un gran cambio me esperaba. Podía sentirlo.

La primera mañana del mes de Septiembre, fui a misa sintiendo cómo temblaba mi cuerpo por efecto de la inquietud, la emoción... Había llegado el día.

No recuerdo muchas cosas, en realidad, los detalles se me escapaban por la grandeza de la situación. Por suerte, el joven Maurice estaba a mi lado, ocupándose de todos los pormenores, para que yo estuviese impecable. De no haber sido por aquel niño, seguramente mis nervios me hubiesen impedido moverme.

—Monsieur, tembláis como las hojas secas de un árbol en otoño. ¿Es que algo os causa pavor en esta mañana? —preguntó, mientras me ayudaba con mis ropajes—. Ser sacerdote es vuestro mayor deseo. Eso, al menos, dijo el obispo.

—Una enorme emoción me desborda hoy. Quiero ser merecedor del honor que se me va a otorgar... No, no tengo miedo. Estoy fuera de mí, pero aún confío en que todo irá bien —logré decir, con voz acelerada.

Mis nervios se habían multiplicado porque, como cabía esperar, el obispo volvió a tratarme con favoritismo. Acostumbraba a ello, a pesar de mis reticencias a recibir un trato tan especial. En aquella ocasión, había treinta jóvenes que debían ordenarse, al igual que yo. Sin embargo, habrían de esperar tres días y tres noches más, pues el obispo había decidido que la ceremonia debía estar únicamente dedicada a mí. El futuro sacerdote de Notre-Dame de París no podía tener una celebración ordinaria, sino especial.

—Es la hora, monsieur —murmuró el joven Maurice, indicándome con sus pequeñas manos el camino hacia mis nuevas responsabilidades.

Asentí y caminé. El niño escoltó mis pasos muy de cerca.

Nunca pensé que tantas personas pudiesen estar interesadas en asistir al evento. Los bancos de la catedral apenas eran capaces de acoger a todos los presentes. La nobleza de París al completo estaba allí. Yo habría jurado que sólo faltaba la Familia Real.

Mis ojos no reconocían a nadie. Estaba mi vista tan nublada por la emoción... Sólo alcancé a divisar el altar y al obispo en pie tras él. Caminé con paso decidido y la ceremonia dio comienzo.

Al encontrarme frente al obispo, éste me sonrió disimuladamente, y yo hice una pequeña reverencia a modo de saludo y de gesto de gratitud.

Poco a poco, mis palabras iban siendo pronunciadas con menor temblor. Juré en voz alta y ante todos los presentes mis votos. Uno a uno, me fui dejando la vida en cada juramento, siendo la Biblia de mi madre mi testigo.

Arrodillado ante el altar, solemnemente, me despojé de mí mismo.

Con un último gesto, el obispo me hizo portavoz de Dios. No pude evitar sonreír y cerrar los ojos, invadido por una sensación de paz conmigo mismo. Parecía que todos mis años de dedicación habían servido para algo, y por fin me lo había demostrado a mí mismo. Fue una liberación, como si hasta aquel momento hubiese albergado dudas de que lo que hacía me fuese a llevar a algo. Nunca fui consciente de esas dudas, sólo en ese momento, cuando ya no eran un problema.

Me puse en pie y miré de frente a todos los asistentes oyendo las palabras del obispo, que me presentó como su máspreciado discípulo, su heredero al timón de NotreDame, con palabras grandilocuentes que ni siquiera me molesté en escuchar, pues una visión más grande requería toda mi atención y cambió el sentido de mi sonrisa. Allí sentada, en primera fila, con el vestido más hermoso que el sempiterno luto podía permitirle, se alzaba la bellísima figura de mi amada madre, Madame Sophie de Sylvius, ofreciéndome la

más dulce y orgullosa de sus sonrisas. La edad ya empezaba a conquistar su rostro de porcelana, el paso de los años alejado de ella me permitió notarlo. Pero qué hermosa era, a pesar de que su cabello se veía más apagado, cercano su color al de la plata. Nada podía arrebatarse su presencia inigualable.

Eso fue lo que más feliz me hizo aquel día, no que Dios me aceptara como uno de sus predicadores, sino el poder abrazar de nuevo a mi madre. Poder verla por última vez.

Al día siguiente, mi labor comenzó a tomar forma. Poco a poco, el obispo me iba mostrando mis quehaceres diarios. Pasé casi todo el día cerca del altar; o me ocupaba de officiar la misa o la escuchaba atentamente. Mi primera misa fue la segunda de la tarde. La gente acudió a escucharme y les dediqué unas palabras especiales de agradecimiento. Quise presentarme como un joven que aún tenía mucho que aprender pero que tenía la convicción de que, ayudando a los demás, crecería con más fuerza.

No había gente noble a esa hora de la tarde. La inmensa mayoría de los asistentes eran personas humildes. Inocentemente pensé que era así porque los nobles tenían importantes ocupaciones durante la tarde. Pero no... Todos los grandes señores de París habían ido a verme el día anterior, acompañados de sus esposas. Aquello había tenido exclusividad, precisamente para no tener que juntarse con el populacho sólo para verme officiar misa. No. Los nobles no acudirían a las misas que yo officiaba si podían ir a las del obispo. Preferían acudir en manada a una hora concreta de la mañana. Si alguno decidiese asistir a las misas de la tarde, estaría en clara desventaja. Eso les resultaba tan desagradable que preferían no arriesgarse.

Mi sermón gustó a todos. Realmente, mi corazón estaba de parte de los pobres. No les prometía nada, pero mi comprensión era mucho más de lo que esperaban aquellas gentes, que jamás habían recibido otra cosa que mensajes amenazantes y mentiras. Quizás los nobles no habrían aprobado todo cuanto yo decía, pero eso era lo de menos; al obispo le gustó mi actuación.

—Gabriel —me llamó cuando terminé la primera vez—, lo has logrado. Has actuado con maestría, hijo mío.

—Gracias, Monseigneur —me apresuré a responderle.

El obispo me indicó que le acompañara a sus aposentos. Allí estaban sus dos monaguillos, acicalando un poco la sala.

—Me ha parecido muy oportuno que eligieras la lectura del milagro de los panes y los peces. Muy adecuado para el pueblo —me dijo el obispo, a lo que yo asentí—. Pasan hambre, Gabriel... Tu consuelo les ayudará.

—Monseigneur, he pensado en dedicar la colecta de mis oficios a comida para los pobres —dije, esperando que la idea le ilusionara.

—Tienes un gran corazón. Pero por desgracia ya lo habíamos pensado, y no podemos acarrear esos gastos.

No rechisté. Era el obispo quien se encargaba de llevar las arcas de la catedral. Qué sabía yo sobre nuestras posibilidades económicas...

—¡Maurice! ¡Gédéon! —llamó el obispo a los monaguillos, que limpiaban los candelabros de oro que adornaban sus aposentos.

—¿Sí, Excelencia? —preguntó Gédéon, el mayor, cuando se acercó a nosotros.

—Id a las habitaciones del padre Gabriel y preparadla para que hoy su sueño sea reparador. Y preparad su cena. Luego volved y acabad con mis aposentos.

—Sí, Excelencia —respondió el joven, que se dispuso a ello de inmediato, seguido por Maurice.

En realidad, mi habitación era igual de confortable con o sin que aquellos niños la arreglaran, y el obispo lo sabía. Sin embargo, quería estar a solas conmigo.

—Tu discurso ha sido, sobre todo, muy convincente. Eres un gran orador, Gabriel —me halagó y me hizo recordad el gran don que para eso mismo poseía mi padre.

—Esperaba conseguir su aprobación —afirmé.

—Verás, Gabriel, lo mejor de ser convincente al hablar es que la gente confiará en ti en muy poco tiempo. Y yo sé que eres de fiar, hijo.

—Me esfuerzo cada día por ser más útil a los demás, Monseigneur.

—Exacto. Y no son sólo los pobres los que precisan de tu ayuda, hijo —aquello me intrigó—. Los nobles necesitan, más que otra

cosa, el perdón.

—Monseigneur.

—El perdón de los pecados es lo que más buscan en un sacerdote, Gabriel. Y alguien que les inspire confianza puede convertirse en su mejor consejero.

—¿Queréis que me acerque a la nobleza perdonándoles los pecados? ¿Con qué propósito, Monseigneur?

Pareció vacilar, buscó una respuesta que darme, sin parecer desesperado por convertirse en parte de la nobleza misma. Lo comprendí en ese instante. No le culpé, ni siquiera le juzgué por ello. Pero esperé una respuesta convincente.

—Puedes hacerles entrar en razón, poco a poco. Hacer que sean ellos mismos quienes ayuden a los pobres. Si les educas para ello, lo harán. Si con tu cercanía eres capaz de mostrarles que ayudar al prójimo es hermoso, tendrás a los pobres de París saciados de su hambre, y quizás de su frío.

Su cinismo me provocó náuseas, pero preferí no pensarlo. Ya conocía al obispo. Para mí, él era un buen hombre, con alguna frustración a pesar de su rango. Una frustración que yo no entendía.

Dejé que pensara que me había convencido.

—Dejáis en mí esa misión... Será un honor educar —sonreí—. El pueblo debería agradeceros lo mucho que le favorecéis.

Aquel halago le encantó, pero mostró falsa modestia. Supuse que tarde o temprano me acostumbraría a su forma de ser. No le di mayor importancia. Yo no estaba allí para juzgar a nadie.

—¿Cómo llevaré a cabo ese cometido, Monseigneur?

—Había pensado que ocuparás el confesionario durante tu tiempo libre.

La idea, en cierto modo, me entusiasmó a pesar de todo.

—¿Quiere que sea el confesor de Notre-Dame?

—Sí, claro, hijo —asintió—. Podrías conseguir grandes cosas. Yo mismo soy el confesor de la Familia Real. Imagina lo que puedes conseguir siendo el confidente de las personas apropiadas.

Le mostré una sonrisa torcida. Mis expectativas no eran las suyas, pero de igual forma la idea me encantó. Acepté sin dudarlo.

Subí a mis aposentos. Los niños casi habían terminado de limpiar todos mis libros y de colocarlos por orden alfabético, cosa que yo nunca hice.

—Gracias por molestaros —les dije, sabiendo que aquello era algo que rara vez escuchaban.

—Padre Gabriel, lamentamos no haber podido asistir a su primera misa —me dijo Gédéon, que se puso firme como un soldado para hablarme—. Su Excelencia nos ordenó que limpiásemos sus aposentos. Pero le habríamos acompañado.

—Lo sé —respondí—. No os preocupéis. Espero que muy pronto podáis hacerlo.

—Eso será un honor, padre Gabriel —afirmó Gédéon.

—Podéis retiraros. Cuanto antes cumpláis las órdenes del obispo, antes podréis cenar.

Ambos se dirigieron a la puerta.

—Le traeremos su cena, padre Gabriel —me dijo Maurice.

—Sí. Sin demora alguna —le secundó Gédéon.

—No os preocupéis por ello. No hay prisa. Tengo varias cosas que hacer antes de cenar.

—Pero, padre... el obispo no nos permitiría...

—Gédéon, el obispo no puede obligarme a comer —sonreí, porque el joven se había puesto nervioso—. Está bien. Traedme la cena, pero sólo cuando hayáis limpiado los aposentos de Monseigneur.

—Sí, padre —respondió, más tranquilo.

Se marcharon, cerrando mi puerta. Pero al segundo, ésta se volvió a abrir. La poblada cabecita rubia del pequeño Maurice asomó.

—Padre Gabriel —me llamó.

Le hice un gesto para que entrara.

—Dime, joven Maurice.

—Tengo un mensaje para vos. Pero no puede saberlo nadie más. Sonreí. Me parecía tan pequeño para tomarse aquello tan en serio...

—Me intrigas, he de confesarlo. ¿Qué tienes que decirme?, ¿y quién te manda a ello?

Bajó la voz para pronunciar sus palabras.

—Svetlana, padre. Ella me lo pidió.

Alcé mis cejas, en clara señal de sorpresa.

—¿La joven gitana?

—Sí —dijo, aún susurrando.

—Habla —le pedí.

—Me rogó que os dijera que supo cuándo os iban a ordenar sacerdote. Le hizo muy feliz saberlo, y, sin dudarlo, acudió a la catedral el día de vuestra ordenación. Pero... Ella quería que supieseis que la echaron a patadas.

Aquello me molestó, aunque aún estaba confuso.

—¿Cómo que la echaron?

Maurice bajó aún más la voz.

—El obispo, padre Gabriel... El obispo ordenó limpiar la catedral. Sólo los nobles podían entrar. Vos no lo sabéis, pero fuera de la catedral había feligreses que esperaban poder veros... Esa gente que hoy ha estado escuchándoos en misa. Se ha corrido la voz de que sois un buen hombre. Y muchos hay que quieren creerlo, padre.

—No es posible. Entiendo que el obispo quiera ofrecerles comodidad a los nobles, pero no a costa de los pobres. ¿Cómo puede robarles así la dignidad?

Maurice, viendo mi descontento, se asustó.

—Padre, por favor, os suplico que no le digáis nada al obispo. Si se entera de que os he hecho llegar este mensaje no me lo perdonará...

Pensé en ello. Era cierto. Se suponía que yo no sabía nada de todo aquello. No sólo el joven Maurice podía salir perjudicado, sino el propio pueblo... En especial Svetlana. Por su bien, yo debía callar.

—No temas, Maurice. Soy confesor de NotreDame... Tu secreto está a salvo conmigo. Te perdono todos tus pecados.

El pequeño se santiguó frente a mí. Y sin decir más, salió de mi habitación, dejándome a solas con mis pensamientos.

Aquella mañana no había visto a Svetlana, y tampoco había acudido a mi misa. Sin embargo, la necesidad que tenía de hablar con ella se vio saciada con su presencia en NotreDame a la hora en

la que el obispo estaba a punto de ordenar el cierre de las puertas. El Sol aún no se había ocultado, pues el verano aletargaba su marcha. Pero era el momento de rezar hasta que nuestros ojos no soportaran seguir despiertos.

Yo aún estaba en el confesionario, oyendo a los últimos feligreses. La última en acercarse fue ella. No la reconocí al principio, de modo que procedí.

—Ave María purísima —pronuncié, algo cansado.

—Padre Gabriel, enseñadme a rezar.

El sonido de su voz, y especialmente el de su acento, me hicieron reconocerla. Observé con atención a través de la fina tela bordada que nos separaba. Salí del confesionario. Anduve hacia ella y le ayudé a ponerse en pie.

—Sois bienvenida en esta catedral. ¿Entendéis lo que os digo?

—Entiendo.

—¿El obispo os expulsó de la casa de Dios?

Ella no respondió. Agachó la cabeza.

—Svetlana... Nadie puede obligar a los hijos de Dios a abandonar su casa.

—Es la casa del obispo.

—No. Es la casa de todos —le indiqué que tomara asiento en los bancos, y me senté a su lado—. Si alguna vez necesitáis refugio, esta catedral os protegerá.

—¿Y mi familia? —suspiró, afectada—. Padre, mi familia se muere de hambre. No hay patrón que quiera contratar a gitanos. No somos ladrones, pero nos obligan a robar.

—Robar es un pecado muy grave.

—¿Y matar de hambre? —respondió, alzando la mirada. Tenía los ojos cubiertos de lágrimas.

—Me complacería ayudaros. Quisiera que me creyeseis... No sé cómo hacerlo, la situación es desesperada para muchos como vos.

—Hay personas que acuden a la misa del obispo que podrían alimentar a cien familias gitanas si quisieran —la furia de su mirada sólo suplicaba justicia.

Recordé entonces al padre Bernard y su idea de la justicia. Svetlana parecía haber asistido a sus clases más arriesgadas y polémicas.

—¿Por qué sólo venís vos a pedirme ayuda? —inquirí.

—Los demás se esconden.

—¿Por qué vos no? Es un peso sobre vuestros hombros que podría llevar alguien mayor.

Ella me miró a los ojos durante un momento. Me miraba sin decir nada, como observando mi rostro intentando descifrar lo que le decían mis ojos.

—Soy la única que confía en vos —dijo al fin.

Svetlana no entendía lo que significaba ser sacerdote, o al menos esa fue la impresión que siempre me dio. Intenté hacerle comprender, pero desconocía muchas de las costumbres cristianas y no sabía nada de la Biblia. Todo ello se sumaba al hecho de que nada de lo que yo pudiera explicarle sobre mis votos le parecía justo o lógico. Aun así, ella había acudido a mí en pos de mi ayuda, y yo hice cuanto estuvo en mi mano por ella. No podía entregarle nada que no fuese mi compañía y mis consejos; era lo que un buen pastor ofrecería. El obispo quizás hubiese podido hacer más, pero yo cada día me preguntaba si era esa realmente su intención.

Para Svetlana todo quedaba reducido a lo que era justo y lo que era injusto, desde el punto de vista de las experiencias a las que su familia se había tenido que enfrentar y desde el punto de vista de lo que le dictaba el corazón. No estaba contaminada por ninguna creencia religiosa que yo conociese. Sus supersticiones, todas propias de su pueblo, eran infantiles, y yo me las tomaba con calma. Lo que me fascinaba era que sus sentimientos conectaban con algo profundo que no estaba en el Reino de los Cielos, no buscaba salvar su alma... Ella adoraba sentir la armonía con la tierra, con la naturaleza. Respiraba el aire y tocaba la lluvia como si esos elementos tuviesen un corazón que latía para ella, sin ser consciente de que para el resto de personas eran creaciones de Dios. Ella se sentía afortunada de tener ojos para ver y lengua para hablar, pero no se lo agradecía a nadie en particular. Eso, me culpé por pensarlo, le daba un aire de libertad insultante y envidiable. Valoraba cosas sencillas, y no aspiraba a la vida eterna. El obispo, según me contó ella, ya le había hecho creer que su alma de pecadora no tenía salvación.

En su mente sólo cabía comprender que lo que yo era debía de ser algo bueno, aunque irracional, si yo lo había deseado tanto. Pero Svetlana no podía encajar eso con mi vida diaria, en la misma casa que el obispo. A sus ojos, Monseigneur era un hombre frío, que odiaba especialmente a las mujeres. Yo le pedía encarecidamente que no arrojara su ira contra el obispo en mi presencia, y ella, a duras penas, conseguía respetarlo. Siempre acababa oyendome decir lo mismo: la ira es un pecado mortal. Y a pesar de ello, la lista de pecados no jugaba a mi favor. Era bien sabida por ella, en orden, forma y funciones, y fueron los pecados capitales lo que antes retuvo en la mente. Tuve que oír muchas veces de su boca, tras mi rutinaria reprimenda sobre la ira, uno a uno los pecados desglosados en contra del obispo.

—Monseigneur arroja su ira contra los que no siguen su dictado moral y religioso. Ahoga a los que le contradicen en cualquier cosa. En París no se puede ser aquello que él no quiera que seas —me interrumpió una vez, de forma brusca.

—Sólo busca salvar tu alma —le defendí—. Tal como intento yo mismo.

—No, Gabriel. Él busca tenernos a merced del miedo —y entonces comenzaba su recital, ese que yo no quería oír—. Su avaricia le lleva a desear desesperadamente ser un dios en la Tierra y poseer los privilegios dignos de tal rango. Si no fuera así, no viviría al margen de los pobres...

—No, Svetlana...

—Llevar en su boca la Palabra de Dios le llena de pura soberbia por sentirse superior a los demás, y aun así no puede evitar envidiar a los pobres, que realmente tienen el perdón de su dios y son más amados por él que el obispo. Envidia que los pobres tengan, en el fondo, todo el favor de Dios. Envidia la recompensa tras la muerte que los pobres tendrán, porque eso es lo que vos me habéis enseñado de la Biblia, y eso es insoportable para el obispo.

—Basta —pronuncié en un murmullo, queriendo que callara, aunque me hizo caso omiso.

—Es un hombre, o un monstruo, cuya pereza insultante iguala a la de la nobleza asesina que puebla este mundo dejado de la mano de ese dios, al que tanto nombráis, que tan poco recibe de sus

portavoces. ¿Por qué leéis ese libro, si luego no lo seguís como es debido? ¿De qué me sirve conocer la bondad de Cristo, si el obispo me echa a patadas de la catedral? Él nos hace sufrir.

—Bienaventurada seas, pues, por tu sufrimiento —dije, intentando calmarla.

—No intentéis decirme que el obispo me ama tanto que me hace sufrir. ¿Qué he de pensar entonces?, ¿que odia a los nobles y por ello les favorece? Los nobles son su única obsesión. Esas personas pagadas de sí mismas que sacian su gula y su lujuria a golpes de fusta contra los siervos. Y el obispo lo consiente porque así es invitado a disfrutar de los mismos placeres...

—¡Basta! —llegué a mi límite.

Me acurruqué en mi asiento. La catedral estaba prácticamente vacía, para mi fortuna, y nosotros estábamos ocultos en la sacristía. Nadie podía vernos ni apreciar mi fugaz derrumbe. Bajé la mirada, un sutil mareo me envolvió durante unos segundos en los que tuve que cerrar los ojos. Respiré profundamente.

Sentí que ella bajaba el tono de voz, se sentaba a mi lado y tomaba mi barbilla con sus manos.

—Gabriel, yo confío en vos. No dejéis que ese hombre os utilice. Sed un arma para los pobres, no para él.

—¿Un arma? —abrí los ojos, encontrándome con sus ojos verdes—. Sólo soy un esclavo de Dios. Svetlana, ¿por qué no abris vos los ojos? Estoy aquí para procuraros fe y serenidad, no para pelear contra vos, ni contra nadie. El mensaje de Cristo es el amor, no la lucha.

—¿Acaso conocéis vos el amor? —me miró con algo que parecía desprecio, o quizás...

Parecía que la hubiese insultado diciéndole aquello. Se levantó de su asiento y salió rápidamente de la catedral, llena de despecho. Parecía querer decirme que yo no sabía nada del amor, y que no tenía derecho a dar lecciones sobre ello.

A veces la furia de aquella muchacha la hacía exaltarse. Perder los nervios. Yo entonces permanecía callado, a la espera de que, como solía hacer, me pidiese perdón y paciencia. En aquella ocasión, como de costumbre, Svetlana malinterpretaba mis palabras. Yo, con toda la paciencia de la que era capaz, me

mantenía comprensivo, sin culparla por no entender. Ahora entiendo algo mejor el porqué de aquella suave pero inexorable mirada, y en cierto modo, ambos teníamos mucha razón.

A veces, temía realmente que el obispo la oyese sin que yo pudiera hacer nada para ayudarla. La discreción era un don en Svetlana, pues, sabiéndose en peligro ante sus aireadas críticas, solía hablar conmigo sólo cuando estábamos prácticamente a solas. Al único a quien no temía era a Maurice, cuya lealtad hacia la chica había sido firme desde el principio. Me preguntaba si no sería por la belleza de la bailarina, o porque él había probado también la falta de sensibilidad del obispo.

Me dolía en el alma el sufrimiento de aquella criatura, y no tenía argumentos para hacerla callar. Tampoco creía justo enmudecer sus motivos, por muy discutibles que fuesen. Ella era como un fuego que se pretende apagar con oxígeno. Se avivaba cuanto mejor conocía la Biblia. Irremediablemente, salvando las obvias distancias, me recordaba al padre Bernard. Aún seguía en mi memoria la advertencia de mi maestro, lo que me dijo aquella vez que me llevó ante el obispo, antes de que me marchase. Que debía ser cauto y que Monseigneur no era un hombre que pidiera las cosas dos veces. Si con una vez no recibía lo que esperaba, lo obtenía por la fuerza. ¿Acaso querría algo de mí que yo no le estaba dando, porque no era esa mi voluntad, y planeaba obligarme a ello? ¿Querría de mí que fuese un sacerdote diferente?

Ojalá yo hubiese sabido lo que hacía... Svetlana era una buena muchacha. Era pura, y no hacía mal a nadie con sus bailes en la calle, por más que el obispo los declarase diabólicos. Sin embargo, yo intentaba convertirla en una cristiana perfecta a los ojos del obispo, para que éste cediese y la ayudara con su poder. Pero, ¿cómo pude estar tan ciego? ¿Cómo pude esperar de él un comportamiento semejante? Ella era mejor persona que Monseigneur... Ella cumplía con el que era mi dios, mejor que mis superiores.

Svetlana volvió a la iglesia unos días después. Me di cuenta de que no verla en varios días me llenaba la cabeza de preocupación

por su bienestar. Su ausencia podía significar muchas cosas, la más indeseable para mí era sin duda su posible arresto mientras bailaba en las calles. Supuse que sus desaires se habían calmado y que regresaba para continuar su formación de buen grado.

—Gabriel —se dirigió a mí, cuando me preparaba para salir al altar, en pos de mi deber al atardecer.

—¡Svetlana! —me alegré por verla, sintiendo que en mi pecho se deshacía un nudo de intranquilidad que me había estado apretando—. Estás a salvo...

—Si he sido motivo de inquietud para vos, lo lamento muchísimo, padre —dijo, besándome la mano, mostrándose muy arrepentida—. Pero necesitaba reflexionar. La Luna me ha hecho entender que sois diferente al obispo.

Yo podría haber considerado aquello un perfecto insulto, por pretender ella que la Luna le daba más señales fiables de mi forma de ser que yo mismo y mis palabras...

—Gracias —dije, sin embargo, mostrándole una sonrisa sincera.

—Los sabios de mi clan quieren conoceros, padre. Les he hablado de vos, y tengo la esperanza de que confiarán —aquello me pareció halagador, pero no sabía qué consecuencias tendría—. Padre, si vos nos bautizaseis a todos y perdonaseis nuestros pecados... —su mirada era suplicante, no soltaba mi mano, aferrándose a ella como si fuese su única salvación.

Entonces respiré para intentar encontrar serenidad.

—Svetlana, el bautismo no se realiza así como así —traté de explicarle—. Tu familia ha de demostrar que es creyente de corazón.

—Podemos hacerlo.

—Es difícil lo que me pides... Svetlana, si confías tu espíritu a la Luna, no vas por buen camino —quise que mis palabras no le sonaran a desprecio. Ella habló tranquila, como si quisiera convencerme, llena de cariño.

—Pero, Gabriel, la Luna es sabia. La noche está llena de espíritus sagrados... Los que se han ido pueden escucharnos con más claridad porque todos duermen —aquello me empezó a causar incomodidad—. La Luna y sus estrellas, los lobos llorándole en las montañas... ¿Habéis oído a los lobos llorar a la Luna? No existe

maravilla igual, como si ella fuese una amante que espera desde su ventana y ellos reclamasen sus besos.

Esas palabras eran hermosas. Sin duda, la brujería gitana y su forma de embaucar con palabras era muy persuasiva, pero mi mundo no era uno en el que los amantes y los besos tuvieran cabida.

—Svetlana, deja de ser soberbia. Dios es la luz. No puede ser más poderosa la noche que el día. La Luna es muy hermosa, porque es una creación de Dios, y los lobos también. Pero, por favor, no mezcles la belleza de esas criaturas con las supersticiones, ni con espíritus que ni siquiera existen... —ella me miró como si no entendiese nada de lo que le estaba diciendo—. ¿Besos y amantes? No soporto que ornamente tus pensamientos con trazos de lujuria —supongo que entonces fue cuando ella supo de mi debilidad, creo que entonces llegó a comprender de verdad la diferencia entre lo que era ser un hombre y ser un sacerdote.

Se quedó callada un momento, mirándome con ese gesto de incredulidad, que sólo era apariencia, pues lo había comprendido todo. Entonces tuve miedo, creí que desaparecería otra vez, quizás para siempre.

—Padre —sonrió, como quien acaba de escuchar con ternura la ocurrencia más inocente de un niño de tres años—, no sabía que os quedasen tantas cosas por aprender. ¿No habéis visto mucho mundo, verdad, Gabriel? Aparte del que os muestran vuestros libros... —volvió a sonreír, aquella vez con una mirada que encerraba algo mucho más inusual para mí que la inocencia. Se acercó, y me ayudó a ponerme la toga—. Mi familia es nómada desde hace siglos. Yo no nací en París, ni ha sido mi primer hogar, ni el segundo, ni el tercero —suspiró, sin apartarse de mí—. El mundo es vasto y más sugerente que todas las palabras que pueda poseer la Biblia. Al parecer, eso el obispo lo sabe mejor que vos.

—Mi formación me mantuvo recluido, es parte del sacrificio que el sacerdote debe ofrecer a Dios —intenté explicar.

—Si necesitáis prepararnos para recibir el bautismo, así será, padre. Mi familia os abrirá las puertas de nuestro escondite, para que podáis ayudarnos —la expresión de su rostro se había vuelto absolutamente seria—. Tomaos el tiempo que sea necesario, pero

convertidnos en cristianos. Es lo único que puede salvarnos de ser...

Agachó la cabeza. Yo me conmoví al oírla sollozar. Tomé su barbilla con mis dedos y alcé su mirada, henchida de lágrimas.

—De ser gitanos, padre —susurró sin fuerzas.

Me hubiese gustado abrazarla, pero ni rozar su rostro para limpiar sus lágrimas me pareció apropiado. Dejé que ella se enjugara el llanto. Yo me había quedado sin palabras.

—¿Por qué, padre, mi sangre define si he de huir de los guardias? —preguntó, desconsolada—. ¿Por qué es más importante mi raza que el color de mis ojos? ¿Por qué poseer los ojos verdes no es diferente, y ser gitana me condena a muerte? ¿No nacemos todos como hijos de Dios? ¿No nacemos todos pecadores?

Asentí, flaqueando ante su poder. Ella suspiró y me miró a los ojos.

—¿Y por qué, padre, nací yo pecadora?

Explicarle el Pecado Original habría sido quizás constructivo, pero las campanas tronaron, indicándome que debía ocuparme de mis responsabilidades en el altar. Le miré las manos, negras de hollín, y fruncí el ceño con expresión triste.

—Debéis marcharos —me dijo, secándose las lágrimas—. Yo estaré viéndoos.

Avancé con pasos dudosos. Llegué hasta el altar, y oficié la misa, sin estar realmente en mí. Me encontraba intentando resolver mis dudas. Observaba los rostros de los pobres, mirándome en busca de respuestas a preguntas muy serias: ¿por qué pasamos hambre?, ¿por qué pasamos frío?, ¿por qué nuestra vida vale menos que la vuestra?, ¿por qué somos tan invisibles?

La respuesta estaba en mi mente. Debería haber sido clara y concisa, pero mi cabeza me la mostraba borrosa, carcomida mi capacidad para discernir lo que está bien y lo que está mal más allá de lo que pudiese decir el obispo en nombre de Dios. No pude concentrarme como me habría complacido en mi tarea. Buscaba a Svetlana entre la gente que me escuchaba. No estaba. No había hecho lo que me dijo que haría. En lugar de escuchar la misa, asqueada, salió a bailar a la calle. A veces parecía que se había rendido ante la evidencia de que caer en las manos de la Inquisición

era su sino, y se burlaba de él, sembrando un poco de realidad en las calles de París.

Subí a mis aposentos tras aquella última misa. Estaba agotado y necesitaba dormir. Me dispuse a rezar, cuando alguien llamó a mi puerta.

—Adelante —respondí, con una voz que no podía disimular mi malestar interior.

—Padre Gabriel —era el joven Maurice—. ¿Me permitís?

—Pasa, por favor, hijo. ¿Dónde has estado? Gédéon tuvo que ocuparse de todo en la liturgia...

—Lo lamento mucho, padre, os ruego que me perdonéis. Salí a buscar unas velas nuevas, por encargo del obispo... Pensé que me daría tiempo de llegar a la misa, pero mi error fue enorme. Ya llegaba demasiado tarde cuando me quedaban dos pasos para entrar en la catedral, habría sido un desagravio interrumpiros. De cualquier forma, no llegué nunca a misa, padre. Tuve que parar... —su voz sonó tan sombría que mi curiosidad y mi preocupación por lo que hubiera podido pasarle me anegaron.

—¿Qué ocurrió?

—Svetlana estaba bailando junto al río, padre —ese comienzo no me hizo sentir más tranquilo—. Y los guardias se abalanzaron sobre ella y sus compañeros. Comenzaron un forcejeo...

—¿Qué dices, Maurice? —me asusté.

—Tranquilo, padre. Está a salvo. Pero eran siete personas, y sólo ella y otro gitano más pudieron escapar. Los otros están en...

—¿Dónde, Maurice?

—En los calabozos del Palacio de Justicia, monsieur. Yo perseguí a los guardias, sin que ellos notaran mi presencia.

Mi rostro se oscureció. En aquel lugar sólo podían esperar la tortura.

—Si confiesan el escondite... —dijo Maurice, tragando saliva.

—Ya han capturado a otros gitanos y nunca se traicionan entre ellos. No dirán nada.

—Pero... Uno de los capturados es el padre de la muchacha. Lo matarán. No puede defenderse, no puede probar que no sabe

dónde está su propia hija —Maurice estaba muy asustado.

—¿Matarle por saber el paradero de Svetlana? ¿Pero qué interés podría la guardia tener en ella específicamente? —mi pregunta parecía haber sido muy oportuna, pues me di cuenta de que Maurice sabía algo sobre la muchacha que yo desconocía.

Maurice agachó la mirada, se puso pálido. Algo le asustaba sobremanera.

—¡Habla! Por el amor de Dios, Maurice... —supliqué.

—Monsieur... Yo... —tartamudeó.

—No te pasará nada, tienes mi palabra. Habla.

—El obispo sabe de vuestra amistad con la gitana. Está siempre murmurando sobre ella y su estancia en la catedral. Siempre la maldice, por querer vuestra alma.

—¿Qué?

—Monseigneur acudió al Ministro de Justicia y éste ordenó la detención de Svetlana, sin más. Padre, está en peligro. Van a por ella.

Aquello me hizo temer que su captura podría estar demasiado cerca, y ese miedo me impulsó a aceptar en mi interior la posibilidad de bautizar a su familia lo antes posible. Llevaría tiempo, sin duda, pero si merecía la pena, me habría demostrado a mí mismo que no todo en la Biblia podía tergiversarse y sonar hueco en la vida diaria de los gitanos. Si el entrar en el rebaño de Cristo les salvaba de las llamas de la Inquisición y del infierno, entonces yo pondría todo mi empeño en ayudarles.

Pero mi prioridad en aquel momento no era bautizar a nadie, sino buscar al padre de la muchacha y salvar su vida, salvaguardando el secreto del escondite de Svetlana.

Sin perder un segundo, bajé las escaleras de mis aposentos hasta las habitaciones del obispo. Llamé a la gruesa puerta de madera con decisión. Gédéon abrió desde dentro y me permitió pasar. El obispo estaba arrodillado, rezando, mientras su monaguillo limpiaba los incensarios.

—Monseigneur, necesito hablar con vos. Es muy urgente —dije, sin atropellar mis palabras.

El obispo continuó de rodillas, concentrado, con los ojos cerrados. Me habló suavemente, como poseído por un trance.

—¿Qué te inquieta, mi querido Gabriel? —hizo un gesto con la mano, al cual Gédéon respondió abandonado el lugar.

—Eminencia, hoy han prendido a varios de mis feligreses en la margen del río, impidiéndoles asistir a mi misa —respondí, con voz acelerada pero clara.

—Gabriel —el obispo no abrió los ojos, pero frunció el ceño—, mentir es un pecado. Nadie ha apresado a tus feligreses. Hoy en la margen del río han apresado a un grupo de criminales que nunca en su vida han puesto sus pies en la catedral. Me indigna que pretendas compararles a tus fieles seguidores.

—Uno de ellos sí que lo era.

—Está bien —dijo sin inmutarse—. Tienes mi permiso para personarte en el Palacio de Justicia y defender la libertad de tu feligrés. Cuenta con mi apoyo incondicional para que se haga lo que desees. Y recuerda que la mentira es un pecado, Gabriel.

Esas últimas palabras me parecieron del todo crueles.

—Intento conducir a esa muchacha por el camino que marca la Biblia, sin que eso la hiera, Monseigneur. Necesito tiempo para ayudarla, tiempo del que no dispongo si vos insistís en que la capturen.

Entonces el obispo abrió los ojos. Se puso en pie y me miró con esos ojos que juzgaba duramente cada uno de mis movimientos.

—Lo sabía. Es por ella.

—Claro que lo sabíais. Es lo más difícil que me he propuesto conseguir nunca, y no me estáis ayudando. Perdonad mi atrevimiento, Monseigneur, pero preciso de vuestro beneplácito.

—No intentas algo difícil, intentas algo imposible —no pudo ocultar su mal humor—. Esas gentes jamás creerán en Cristo. Nacieron para el pecado y morirán como pecadores, porque no son capaces de abandonar sus primitivas creencias, que infectan los principios de la Iglesia Católica. Arruinan a los hombres de bien, Gabriel. Inflaman los más bajos instintos de los auténticos feligreses... ¿Cómo, en nombre de Dios, se convierte en creyente a los hijos de la brujería?

—No podemos hacer que escuchen la palabra de Dios si nunca les mostramos el lado bueno. Si el obispo les manda a prisión, ¿por qué iban a creer que tiene buen corazón?

—Porque soy el representante del Altísimo en esta bendita ciudad y en la Corte del Rey de Francia —encolerizó—. Porque el castigo es merecido por robo, pillaje y brujería. Quien lucha contra eso es de noble corazón.

—No podéis probar que son ladrones o timadores.

—Yo lo sé.

—Yo sé que no. He hablado mucho con ella y...

—Es una mujer hermosa, ¿verdad, Gabriel?

—No malinterpretéis mis intenciones, Monseigneur, os lo suplico. Ella me pidió ayuda y yo me vi obligado a responder, como heraldo de Dios —quise defenderme de su indirecta acusación, pero mis palabras no hicieron efecto en el obispo.

—No quiero que esa mujer te aleje de tu deber. Se pasa horas engatusándote con su ordinaria belleza, haciendo arder tu memoria con sus bailes. ¿Cómo puedes ignorar sus malas artes, hijo mío? —hablaba de ella como si fuera un repulsivo veneno.

El obispo equivocaba absolutamente mis sentimientos hacia Svetlana. No la deseaba, no la veía como un cuerpo que poseer. Me insultaba con esas palabras, y la insultaba a ella.

—Padre, ella no se merece la muerte.

—Tu pureza te deja desarmado, Gabriel. Dios sabe que quiero que la conserves intacta por muchos años, pero bien te vendrían unas cuantas lecciones de escarmiento. Las mujeres no tienen corazón.

Cuando dijo aquello, no pensé que estuviese insultando a Svetlana. Lo hacía, sí. Pero yo pensé en mi madre. Nadie, en todo el mundo, ni el obispo, ni yo mismo, poseía un corazón tan grande, digno y fuerte como ella. Aquel atrevimiento del obispo superó mi paciencia.

—Vos habéis mandado que la arrestasen. No conozco todos los motivos, y aquellos que conozco no me parecen suficientemente razonables, Excelencia —dije—. Ella ha escapado.

—Bien, pues entonces olvídale de una vez. Y aléjate de esa joven bruja, si es que alguna vez regresa —refunfuñó.

Yo no había terminado.

—Su padre está en el calabozo del Palacio de Justicia, y más miembros de su familia —cuando pronuncié esas palabras, el obispo suspiró como si supiese lo que iba a decir después—. Pasaré la noche allí, si hace falta, pero les sacaré.

Me dirigí a la puerta de sus aposentos, muy decidido. Él hizo un gesto rápido y me llamó con un grito.

—¡Gabriel! —aquello respondía a la advertencia del padre Bernard. Pero yo no dejaría que hiciera de mí lo que él quisiera, ni

siquiera a la fuerza. Me volví y le miré—. ¡Ya basta! Deja de comportarte como si acabases de empezar el seminario.

Ambos nos quedamos en silencio. Yo miraba el suelo con gesto muy serio, estaba furioso, sabiendo, como le había dicho a Svetlana muchas veces, que la ira era un pecado mortal. Él vio mi arrebató de rabia, y prefirió jugar su última carta antes de que yo estallara.

—Tu juventud es una maldición —dijo, al fin, con voz suave pero tensa—. Sólo servirás a Dios debidamente cuando los años pasen sobre ti. Reza por que tu belleza y tu juventud se marchiten, sólo así perderás esa soberbia que tienes.

Respiré con fuerza. Mi belleza y mi juventud no eran los pilares de mi ética.

—Vuelve a tus habitaciones —me ordenó con desagrado—. Yo mismo me encargaré de que liberen a ese hombre.

—Podría ser demasiado tarde —me quejé, dispuesto a ir hasta el palacio—. No quiero que lleguen a torturarlo. Ni a los demás.

—Hijo mío, ya podría estar muerto —acabó diciéndome—. Reza por que su cuerpo haya aguantado las horas de tortura que ya habrá soportado. Tu presencia en el palacio no cambiará nada. El sufrimiento está hecho, y no le salvarás la vida si no me persono yo mismo.

—Pues entonces venid conmigo —le pedí, viendo clara la solución.

—Esos gitanos tienen que aprender la lección. Tu misericordia no ayuda a que sean mejores personas, sino a ver más fácil la realización de sus fechorías —su testarudez me estaba matando—. Y no creas que puedes doblegarme, Gabriel, no seas tan insensato. Deja de deshonrarme y márchate a tus habitaciones. Mañana por la mañana ese hombre, torturado o no, estará fuera de los calabozos.

—¿Y el resto de su familia? —inquirí, sintiendo un horrible dolor en el pecho.

—Te estoy ofreciendo todo lo que puedo ofrecerte. No me tientes, Gabriel. Márchate antes de que cambie de parecer.

Le dirigí una mirada llena de incredulidad; de decepción. Seguro que eso, con lo vanidoso que era, le molestó más que si le hubiese mirado con furia. El saber no que le odiaba en esos momentos, sino que no veía grandeza en él, seguro que le hería en su orgullo. Me

marché sin decir más, permitiendo que Gédéon volviese a entrar, y me dirigí rápidamente a mis aposentos.

—Gédéon —le llamó el obispo.

—¿Sí, Monseigneur? —agachó la cabeza el muchacho.

—Tráeme a Maurice.

A la mañana siguiente, el canto del gallo me despertó. Seguidamente, el tronar de las campanas alumbró mi mente. Me despecé en mi cama y recé antes de asearme. Al terminar mis oraciones, la realidad me conmocionó. Un nuevo día... Si a esas horas el padre de Svetlana no estaba libre, estaría muerto.

Bajé las escaleras precipitadamente, con el fin de encontrar al obispo. Ayunaría esa mañana, como gesto de sacrificio, para que Dios oyese mis plegarias por esa vida que yo pretendía salvar.

La catedral ya recibía a las almas descarriadas de París. El obispo estaba a punto de comenzar la misa, al tiempo que el poderoso brillo del amanecer acuchillaba las hermosísimas vidrieras de Notre-Dame, tatuando mil colores en la piedra de sus muros.

Observé al obispo. No parecía agitado por nada. Se mostraba tan seguro de todo cuanto hacía y decía como siempre. Me agazapé, entre los recovecos de oscuridad que disimularon mi presencia, hasta llegar a la sacristía. Allí esperaré hasta que finalizara la misa.

—Padre Gabriel —reconocí la voz del joven Maurice.

El pequeño estaba barriendo el lugar, con una escoba vieja en las manos.

—Buenos días —respondí, observando sus ojos, que aquella mañana parecían cansados.

Usé el agua de una de las tinajas para lavarme las manos y la cara. Maurice me acercó un paño blanco y limpio con el que pudiera secarme. Yo seguía mirándole la cara.

—Gracias —le respondí, observando su pequeña reverencia—. ¿Has descansado bien esta noche, joven Maurice?

—No he dormido mucho, padre —respondió, centrándose en su labor.

Él hubiese preferido no preocuparme y contarme que su sueño fue reparador, pero mentir le aterraba. Mis ojos se entrecerraron cuando observé algo extraño en él. Sus manos. Tomaba la escoba

sin fuerzas y con ambas manos parcialmente cubiertas por jirones de tela blanca.

—Maurice, ¿por qué has vendado tus manos? —me acerqué a él.

—Es el frío del invierno, que se acerca. Me quema las manos —dijo aquello sin mirarme a los ojos.

Aquella excusa debía de ser vital para él, pues ¿qué otra cosa podría superar su miedo a la mentira?

—Déjame verlas —le pedí.

—No hace falta que os molestéis, padre Gabriel —respondió nervioso.

—Muéstrame tus manos —ordené.

Noté su dolor al soltar la escoba. Hacía movimientos lentos. Su respiración se aceleró, y sus labios temblaron; parecía estar a punto de derramar lágrimas, quién sabe si de miedo o de dolor. Con gestos muy pausados, se acercó a mí, exponiendo sus manos vendadas, con las palmas hacia arriba.

Con suma delicadeza, tomé su mano izquierda y, poco a poco, deshice los jirones, encontrándome con una imagen criminal. Realicé, con igual cuidado, lo mismo en su mano derecha. Una vez tuve esas dos palmas dirigiéndose hacia mí, el dolor me llegó a las entrañas.

Las vendas deshechas estaban ensangrentadas y llenas de restos de piel quemada. Sus manos estaban por todas partes llenas de ampollas nacidas del roce con el fuego. Sus dedos apenas podían moverse a causa del insufrible dolor constante. El calor acosaba sus palmas malheridas, llenas de marcas de tortura.

—¿Cómo te has hecho esto, hijo? —me escandalicé.

Él tragó saliva, mantenía los labios cerrados, pero las comisuras de su boca se curvaron hacia abajo y sus ojos permanecían casi cerrados, cada vez más anegados de lágrimas. Su llanto, silencioso, me estaba partiendo el corazón.

—No vuelvas a coger esa escoba, insensato —le dije—. Debes curar tus manos.

No respondió, su llanto mudo no le dejaba articular palabra. Tomé su barbilla y le obligué a que me mirara a los ojos.

—Maurice...

—¡Vos me dijisteis que no me pasaría nada malo! —me reprochó, dejando finalmente que ríos de lágrimas surcaran sus socavadas ojeras y sus famélicos carrillos.

La idea de que yo pudiera tener algo que ver con aquello me paralizó.

—¿Qué? —fue lo único que conseguí articular.

—El obispo... —murmuró.

—¿Él te ha hecho esto? —mi gesto se volvió violento.

—Este es mi sacrificio, por desobedecerle, por contaros mentiras y por ser un pecador —respondió, llorando.

—No, no, Maurice, esto no es un sacrificio. Esto es una injusticia. Dios jamás le pediría a un niño una ofrenda de este calibre. No me mentiste, yo sé que me dijiste la verdad. No eres un pecador —sentencié.

Él ya no tenía fuerzas para nada. Por eso no había podido descansar. El dolor le había impedido dormir. Sus ojos irritados no eran sino muestra de su noche en vela, llena de lágrimas de sufrimiento. Me sentí como un auténtico miserable, por haber dejado que esa criatura indefensa, que con su buen corazón quiso ayudarme a salvar a otros, estuviese sufriendo de forma tan aterradora.

—¿Con qué te quemó? —pregunté, casi murmurando, sintiéndome culpable.

—Me retasé por ver cómo los guardias prendían a los gitanos. Las velas que le llevaba al obispo, que me hicieron testigo inoportuno de aquello, fueron las mismas que me enseñaron a callar para la próxima ocasión.

Sus palabras sonaron profundas. Pero más profundo aún fue mi desprecio hacia Monseigneur y sus prácticas de tortura.

—Esto no quedará así —le prometí.

—Padre, si volvéis a discutir con él, volveré a salir perjudicado —temió él.

—No volverá a ponerte las manos encima —respondí, indignado—. Sube a mis aposentos, deja tus manos reposar en agua fría y duerme.

—Pero, monsieur...

—Haz lo que te digo —apenas tuve fuerzas para ordenar aquello, le debía mil disculpas a aquel niño.

—Sí, padre —obedeció, temiendo con pavor el siguiente castigo del obispo.

Al terminar la misa, habiendo elegido un sermón sobre la compasión de Cristo, el obispo anduvo pesadamente hasta la sacristía. Me miró como sorprendido de verme allí. Normalmente, yo me sentaba ante él durante las misas, no me escondía de su mirada.

—¿Has estado aquí todo el tiempo, hijo mío? —preguntó—. No has comulgado.

—No, Monseigneur.

—Es una mala forma de comenzar el día, Gabriel.

—Necesito saber si hicisteis aquello que me prometisteis —dije, mirándole con desesperación.

Sonrió con debilidad. Gédéon le llevó una tinaja de agua para que se limpiase las manos.

—Deberías confiar más en mí, hijo, así como yo deposito mi confianza en ti —de aquello no estaba yo del todo seguro—. El padre de la gitana es a estas horas un hombre libre.

—Es un hombre perseguido —me atreví a decir.

—La blasfemia se persigue en todas partes, Gabriel. No sabes lo difícil que me ha resultado conseguir que le dejaran ir... ¿Así me lo agradeces?

Agaché la cabeza. No quería mostrarme agradecido.

—¿Él se encuentra bien? —pregunté.

—Me temo que sobre su estado no tengo noticia alguna. Conténtate con saber que vive. Con suerte, habrá aprendido la lección.

No dije palabra alguna, a sabiendas de que lo que estaba pensando podría enfurecer al obispo.

—Oficia tú la siguiente misa, hijo —me pidió—. Hoy no me encuentro bien. He de reposar; mis piernas ya no son lo que eran. No puedo estar tanto tiempo en pie.

—Monseigneur —hice una reverencia y acepté el relevo.

Comencé a prepararme mientras el obispo se retiraba a descansar. Sus piernas no podían ser mayor achaque que su alma cansada y estancada, cubierta de miedo y orgullo.

Gédéon se quedó conmigo, sirviéndome de monaguillo.

—Padre Gabriel —habló, mientras colocaba el vino en su lugar.

—¿Sí? —respondí yo, notando su inseguridad.

—Quiero confesarme.

—¿Ahora? —me pareció precipitado, la misa estaba a punto de empezar.

—Os lo suplico, padre. No lo soporto más.

Aquellas palabras me asustaron. ¿Qué tan malo habría podido hacer, aquel adolescente lleno de pureza, que tanto le torturaba? Noté que ante el obispo había disimulado.

—Está bien, hijo. Acércate —me senté y él se arrodilló junto a mí, agachando la cabeza.

Comencé el ritual.

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida —respondí—. Cuéntame tus pecados.

—Hace dos días que no me confieso —eso yo lo sabía bien—. Padre, estoy confuso. Jesús nos dijo que amáramos a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Anoche hice algo terrible... —respiró—. El obispo me ordenó que encendiera unas velas y que tomara con fuerza las manos de Maurice. Me obligó a quemarle, padre, a oír sus gritos de dolor y súplica mientras mantenía contra mi voluntad sus manos sobre las llamas. Le pedí a Monseigneur que me dejara soltarle, pero él no cedió. Yo no quería hacerlo, padre...

Noté cómo Gédéon se echaba las manos a la cara y lloraba. Tragué saliva. Aquella injusticia parecía no tener límites.

—Señor, perdonadle éste y todos sus pecados —murmuré, apenas sintiendo la vida de mis venas, posando mi mano derecha sobre su cabeza temblorosa—. Amén.

Aquella mañana dije misa sin prestar atención a lo que hacía. Todo cuando leía en la Biblia me parecía insuficiente, nada justificaba la maldad de la que me tocaba ser inútil testigo. No podía hacerle frente al obispo sin asumir las consecuencias... Tenía miedo de tentar mi suerte, temía las represalias.

Mi mente dejó de dar vueltas infructuosas cuando los asistentes a la misa empezaron a abandonar la catedral. Muchos de los fieles se quedaban a rezar de rodillas, a orar en silencio con sus miradas puestas en el suelo o en el cielo, con el fin de creerse menos culpables de lo que mi sermón había conseguido hacerles sentir. En aquel momento observé, casi en el último de los bancos de la catedral, la figura de una joven mujer. Iba cubierta con un pobre manto negro, cuya capucha tapaba su cabello y sus ojos. A su lado, caminaba con paso indeciso un hombre que llevaba una capa marrón de pésima calidad, y que cubría su rostro con el ala de su ancho sombrero. Ambos se acercaban al altar, donde estábamos Gédéon y yo mismo.

Cuando ambas personas estuvieron apenas a unos pasos de mí, me fijé en la figura femenina. No tuve duda alguna de que yo conocía esos labios desobedientes y rebeldes.

—Gabriel —pronunció en voz baja, sin descubrir su hermoso rostro.

—Svetlana —dije yo, mirando a Gédéon para que siguiera ocupándose de ordenar el altar—. Acompañadme.

Ambos me siguieron hasta la sacristía. Cerré bien la puerta. Miré callado cómo ella le ofrecía asiento a aquel hombre que seguía andando de forma vacilante. Entonces, ella se descubrió. Sus preciosos ojos verdes estaban rojos de tanto llorar. Me hubiese gustado tomar su rostro entre mis manos, pero siquiera rozarla me imponía demasiado.

—¿Sabéis lo que ha ocurrido? —me preguntó.

Antes no me había percatado, pero estaba afónica.

—Maurice me advirtió de que la guardia os había tendido una emboscada de la que conseguisteis escapar. Pero no tuvieron igual suerte vuestro padre y algunos hombres más... No podéis imaginar cuánto lo lamento.

—Me buscaban a mí —respondió la muchacha, que se sentía muy culpable—. Me buscaban a mí...

Svetlana tragó saliva, hablar le costaba muchísimo. Anduvo hasta ponerse junto al hombre. Él seguía callado, con el rostro a medio cubrir por su sombrero.

—Este hombre es mi padre, Vyacheslav —pronunció ella, apartándole con mucho cuidado el sombrero.

Pude ver el rostro casi anciano de aquel pobre hombre. Sus dientes eran una calamidad, su aseo inexistente, sus cabellos largos y grisáceos, sus ojos... Una venda negra, atada a su nuca, tapaba esos ojos.

—¿Sabéis por qué mi voz está casi ausente? —preguntó ella, haciendo que la mirase a la cara—. Porque cuando vi lo que vuestro reverenciado obispo le había hecho a mi padre, estuve a punto de enloquecer de odio —me dijo ella, con un sufrido reproche, mientras sus ojos se humedecían—. ¡Le dejaron ciego, Gabriel!

Me mantuve en silencio, sin hacer ademán de interrumpirla, mientras ella paraba para respirar y aclarar su garganta. Yo estaba aterrorizado.

—Mi padre casi no habla vuestro idioma. Aun así, fue sometido a tortura... —sus ojos era un manantial de lágrimas—. Con placas de piedra le han destrozado los tobillos, apenas puede andar. Su espalda y sus costados están heridos a latigazos... Y no contentos con ello, los verdugos del obispo le han vaciado las cuencas de los ojos.

Svetlana calló de rodillas al suelo, rendida de dolor y llorando desesperada. Su padre tentó su rostro, queriendo darle consuelo. Su sufrimiento me hizo sentir como el hombre más miserable del mundo. Su padre murmuraba palabras que para mí no tenían sentido alguno, pero que consiguieron apaciguarla.

—¿Por qué le has traído hasta aquí? —pregunté, preocupado—. Tu valor te vuelve insensata. Ha sido muy peligroso... Además, está malherido, necesita reposo.

—Teníais que verle para creer en mí. Lo que mi padre necesita es vuestra bendición —murmuró ella—. Os lo suplico, bautizadle.

—No puedo hacer eso...

—Volverán a por él.

—Eso no va a ocurrir, ya he hablado con el obispo.

—Ese hombre nos perseguía antes de que llegaseis vos, lo hace ahora y lo seguirá haciendo cuando se canse de vuestra piedad. ¿Qué pasa con el resto de mis familiares que siguen en ese calabozo? Dos de mis tíos y dos de mis primos aún están

enjaulados en el Palacio de Justicia. Quería que vieseis a mi padre para que entendierais que temo por ellos más de lo que os pudierais imaginar.

—He pedido al obispo que intercediera por ellos, pero sólo conseguí sacar a vuestro padre.

—¡Y antes de permitirle marchar le dejaron sin vista! ¿Esa es la justicia que busca el obispo para el pueblo? —gritó ella—. Vuestro dios permite que los hombres se deleiten con la tortura de sus semejantes.

—Buscáis el bautizo para libraros de la guardia, pero en realidad no amáis a Dios —le dije.

—¿Cómo esperáis que ame a alguien en cuyo nombre acaban de arruinar la vida de mis seres queridos? —preguntó con un hilo de voz—. Gabriel, estáis más ciego que él. La Luna jamás nos ha hecho tanto daño, ni la tierra, ni el agua... Podéis llamarme loca supersticiosa, ilusa, creyente de pacotilla..., pero al menos, mis creencias no hacen sufrir a nadie.

—La Luna no tiene ningún tipo de poderes.

—Qué sabréis vos sobre el poderío de la noche y sus criaturas —dijo, con voz retante—. Qué sabréis vos, que no servís a un dios sino a un hombre despreciable...

—Svetlana...

—¿Por qué le han preguntado a mi padre por mí? —se puso en pie, amenazante, muy seria—. Cuando uno de nosotros es capturado, sufre tortura hasta la muerte por no revelar el paradero del clan... A mi padre sólo le han preguntado por mí.

—Lo sé.

—¿Por qué? —preguntó ella, de nuevo exasperada.

Tuve que pensar detenidamente cómo responder a esa pregunta. Mi respiración estaba acelerada.

—Un sacerdote tiene ciertas reglas —dije, para empezar—. El obispo teme que me hagáis romperlas. Es ridículo.

—¿Ciertas reglas? Como dejar entrar en la catedral a una gitana...

—No. Me refería a otras cosas.

—¿Queríais decirme qué, en nombre del dios que deseáis, he hecho para que me estén buscando y torturen a mi familia?

—Verás, Svetlana... Hay tentaciones en las que no debo caer —ella me miró a los ojos directamente; pareció entender—. Vos me ofrecéis una de ellas, o quizás muchas. No lo he sopesado, en realidad. El obispo cree que sois una mala influencia para mí. Yo os puedo asegurar que...

—Vaya, así que es eso —me interrumpió ella—. El obispo no está tan ciego como vos, al parecer.

Svetlana ayudó a su padre a ponerse en pie. Él habló en ese idioma que yo no comprendía, quejándose de su dolor. Cuando estuvo completamente en pie, Vyacheslav siguió hablando, con suavidad.

—Quiere tocaros el rostro, para adivinar cómo sois —me dijo ella—. A no ser que temáis el tacto de un gitano, os pido que le concedáis ese favor.

Con mucho cuidado, me acerqué a ellos mientras Svetlana tomaba las manos de su padre y las guiaba hasta ponerlas a reconocer mis facciones. Aquel hombre se sorprendió al tiempo que rozó mi piel. Empezó a palpar mis pómulos con sus dedos. Creo recordar que en mi mirada se reflejaba la misericordia que en ese momento me corría por las venas... Me dolía en el alma lo que le habían hecho a aquel pobre hombre. De pronto, él empezó a murmurar cosas mientras sus dedos se movían por mi cara. Svetlana se puso a traducir.

—Dice que tenéis la piel realmente limpia —dijo ella—. Me pregunta de qué color tenéis el pelo.

Svetlana pronunció unas palabras ininteligibles con las que explicarle a su padre que mis cabellos eran del color del ébano, aunque su exposición fue tan larga que supuse que le había explicado algo más que eso.

—Dice que os reconoce. Aluna vez os vio por las calles de París y sabe ahora quién sois.

—Sorprendente —pude decir, fascinado.

—Dice que tenéis una voz digna de ser la del acólito de un dios tan poderoso como el vuestro. De tan clara y profunda, es amenazante, dice... Os tiene miedo.

Tragué saliva, mientras ayudaba a Svetlana a llevar a su padre de nuevo a la silla. Nunca había imaginado que mi voz fuese

intimidante.

—No tiene por qué temerme. Yo no os haría daño a ninguno, ni aunque eso me hiriese más a mí —intenté que mis palabras fuesen lo más firmes posible.

—No importa lo que digáis ahora —respondió ella, sintiéndose insultada—. ¿No veis que vuestras palabras son en vano? No nos toméis por pobres estúpidos. Sabéis tan bien como nosotros que para el obispo y el ministro de Justicia sólo somos proscritos.

—Svetlana, no sé con qué derecho pediros que me perdonéis, pero he de hacerlo. Antes no conocía esta situación lamentable. Os pido un voto de confianza porque ahora sé que os amenazan y no dejaré que el obispo se extralimite.

—Que no se extralimite. Entiendo... Que ejerza sólo la fuerza que sea necesaria —supe que no me comprendió, pero empezaba a temer que realmente fuese yo quien no la comprendía a ella—. ¿Acaso hay un límite para la crueldad?, ¿existe un margen?

—No es eso lo que pretendía que...

—Lo sé. Vos nunca pretendéis nada —aquello fue un reproche que juzgué demasiado fuerte—. Sois un hombre a la espera de vuestra condecoración por parte de vuestros superiores, pero nada hacéis por arriesgaros.

—Soy un sacerdote —quise hacer ver la diferencia—. No pienso quedarme de brazos cruzados. Os ayudaré, no lo pongáis en duda ni por un instante.

—Nada le devolverá ya la vista a mi padre, ni la vida a mis familiares. Nada me traerá la libertad que el obispo se empeña en arrebatarme... Mucho menos si me considera una amenaza con respecto a vos.

Yo sabía que aquello era verdad, me avergonzaba muchísimo admitir mi torpeza y cobardía. El obispo me había llevado a París convencido de que yo era especial. Él se consideraba mi dueño, de alguna manera; el encargado de hacerme a su imagen y semejanza. Svetlana era, al parecer, una competidora a la que creía demasiado fuerte por el hecho de ser mujer. Él creía que aquella muchacha tenía el poder de arrastrarme a hacer lo que ella deseara, hasta romper con las estrictas normas eclesiásticas.

Era injusto, pues aquella muchacha no me había hecho dudar de mi fe en ningún momento.

—Os suplico que no os rindáis —me atreví a pedirle.

Sus ojos se humedecieron, estaba muy abatida, cansada de sufrir y luchar.

—Gabriel —pronunció mi nombre con esa voz gastada que tenía aquella mañana, pero jamás había sonado tan lleno de amor en sus labios—, llevo casi un año atendiendo vuestras explicaciones sobre el dios de los cristianos, intentando ser digna del bautizo...

—Estáis casi lista, apenas os falta lo que dura un suspiro —no sabía si eso era verdad, sólo sabía que era lo que yo quería pensar y lo que ella necesitaba oír.

No esperé su reacción. Negó lentamente con la cabeza, agachando la mirada. Tomó mis manos entre las suyas, para lo cual yo no estaba preparado, y luego soltó una de sus manos para tocar mi rostro.

—Hace mucho tiempo que renuncié a creer en vuestro dios, Gabriel —murmuró, dejándome sorprendido—. Vengo a este lugar a escucharos porque creo en vos, no en la Biblia, no en el Evangelio.

—Svetlana, eso es blasfemia.

—Me la perdonaréis, supongo, después de todo lo que me debe vuestra compañía.

Respiré profundamente y, con delicadeza, aparté su mano de mi rostro. Dirigí mi mirada al suelo.

—No puedo bautizaros después de lo que me acabáis de decir —su rostro expresó la mayor de las decepciones.

—¿Queréis que me vaya?

—Deberíais llevar a vuestro padre a un lugar seguro donde pueda recuperarse. A mí me gustaría estar solo... Tengo mucho que pensar.

—Estáis hecho de hielo —me dijo, casi compadeciéndome—. Puede que el obispo me persiga para darme caza, pero vuestro dios os ha puesto una miseria más pesada sobre los hombros.

—Basta, por favor.

—No os amáis a vos mismo, aspiráis a ser algo superior a los hombres mediante el sufrimiento. Vuestro dios os ha condenado a vos más que a mí. Vivís un día a día vacío y cauto que amarga

vuestra existencia como una ponzoña venenosa. Tenéis mil ataduras de las que yo estoy libre. Sabéis que tengo razón.

Escuché sus palabras, pero estaba convencido de que se equivocaba.

—No. Basta, Svetlana.

—Cobarde.

—¡Basta!

Alcé la voz y en seguida me arrepentí de ello al ver en los ojos de aquella mujer una tristeza extraña, como si hubiese perdido algo demasiado valioso de repente. El incidente pareció alterarse. Ella fue a su lado y le habló con suavidad. Svetlana tomó a su padre por un brazo y se cubrió de nuevo con la capa. Estaba muy irritada.

—Esperad —le pedí, acercando mi mano a su brazo—. No, no os vayáis.

—Dejadme ir —hizo un movimiento muy brusco con el que zafarse de mí y, aunque no pude ver sus ojos, supe que su mirada fue fría, pues su tono de voz no pudo haber sido más contundente.

Permití que se fuera sin más. En seguida me santigüé y recé pidiendo perdón, pues me consideraba único culpable de que el obispo considerase la belleza de Svetlana una amenaza. Le pedí a Dios que me hiciese fuerte, que me protegiese, porque en una cosa tenía razón mi hermosa amiga: era un cobarde. Sabía que todo lo que había ocurrido era injusto y cruel, y a pesar de ello no tenía valor para enfrentarme a las consecuencias que se derivarían de mis quejas. No me atrevía a ser diferente de aquello que el obispo deseaba que yo fuera.

Gédéon ordenó mis atuendos de la misa cuando me despojé de ellos para encontrarme apenas un poco más libre y más cercano a mis feligreses con mis ropas más sencillas. La pomposidad y el recargo durante tantos años habrían colaborado a que el obispo pensase que estaba más cerca de Dios que el resto de los mortales.

Pensé entonces en el joven Maurice, que precisaría de mis atenciones. Aunque estaba preocupado por Svetlana, confiaba en que su habilidad para la huida le haría llegar sana y salva al escondite de su clan.

—Padre Gabriel —se dirigió a mí un hombre con aspecto de humilde trabajador.

—¿Sí?

—Traemos un envío para obispo; hemos de entregárselo.

—¿Un encargo? —me interesé.

—Así es, padre. Un cuadro encargado por Monseigneur.

Entonces, la voz del obispo tronó a mis espaldas con un halo de ensayada alegría.

—¡Ah, Jean Pierre! —apareció con las manos abiertas, a la puerta de la sacristía, provocando de inmediato el arrodillamiento de aquel hombre—. Esperaba ya con impaciencia.

—Monseigneur —observé cómo le besó la mano, engalanada con ese gran anillo de oro que tanto decía sobre su posición.

—Gabriel —se dirigió a mí el obispo, con una sonrisa de satisfacción—, acompaña a Jean Pierre a mis aposentos. Yo he de ocuparme de la misa.

—En seguida, Monseigneur. Pero antes, necesito decir algo importante.

El obispo hizo un gesto a aquel hombre, para que se apartase un poco y no escuchase nuestra conversación.

—Habla —me permitió.

—Sé que no puedo exigirlos, pero os pediría que lo consideraseis detenidamente.

—¿Qué, exactamente?

—Dejar al joven Maurice a mi exclusivo servicio.

—¿Por qué iba a hacer eso?

Enfrenté sus ojos. No esperaba que le respondiese en voz alta... Entendió que era mejor perder un siervo que el respeto de su discípulo. Ni siquiera asintió, pero supe que mi petición había sido aceptada.

Yo agaché la cabeza en silencio, a modo de asentimiento. Se alejó de mí, farfullando y a paso rápido. Volví mi mirada a aquel paciente hombre.

—Venid —le indiqué, permitiendo que me siguiera.

Al salir de la sacristía vi a tres hombres más, a las puertas de la catedral. Jean Pierre se acercó a ellos y les ayudó a trasladar el

gran lienzo que cada uno de ellos tomaba por una de las esquinas. Con paso paciente, les guie hasta los aposentos del obispo.

Una vez en aquella amplia sala, los cuatro hombres descubrieron el lienzo para mostrar su imagen. Me quedé anonadado. Mis palabras no habrían podido expresar mi chocante confusión. Se trataba de una enorme pintura en la que se veía al obispo bajo la luz del arcángel Gabriel. El obispo recibía la visita de aquel ser celestial y aceptaba un mensaje de éste, fuese el que fuese. Me pareció una obra magnífica, pero más aún pretenciosa. A mi humilde entender, el arcángel jamás se habría aparecido al obispo, ni él era un santo bañado de luz. Ambas pretensiones tan imposibles y vanidosas eran realmente ofensivas... Tras reaccionar, al fin, reparé en el llamativo marco de oro macizo que lo abrazaba. No era una baratija.

¿De dónde se había sacado el dinero para pagar semejante capricho? Yo lo sabía bien, pero me avergonzaba hasta hacer que mi alma se encogiera al pensarlo.

Algo me inquietó más que el resto de los detalles. ¿Por qué fue Gabriel el arcángel elegido? Algo en mi interior sintió temor. Empecé a pensar, a creer, que quizás el obispo me considerase más su posesión que su pupilo.

No podía perder tiempo, pues cada día contaba con preciosas horas que dedicar a poner en juego la visión del obispo. Debía conseguir por todos los medios que la hermandad de los hombres, soñada por Jesucristo, fuese real. Monseigneur no parecía seguir ese destino, y si lo hacía, entonces yo no comprendía nada.

Al amanecer del día siguiente, confuso, asustado y lleno de una furia que no creía posible en mi interior, dejé al joven Maurice descansando en mis aposentos, donde había estado velándole toda la noche mientras mis pensamientos me mantenían despierto y mi pesar por él me llenaban la conciencia de una pesadísima carga. Salí de la catedral en dirección a un lugar que realmente me sobrecogía.

El Palacio de Justicia era imponente, un cuerpo oscuro, negro, en medio de París y sus colores de primavera, imposiblemente grande entre las casas de los pueblerinos, y enfrentando, desde muy cerca, a la catedral. Recuerdo los puntiagudos torreones negros, coronando como espinos aquel edificio. Sus muros habían sido testigos de torturas e injusticias, gritos y muertes, miedo y derramamiento de sangre. Hasta los ventanales eran oscuros.

—¿Vuestro nombre? —inquirió uno de los dos forzudos guardianes del portón principal. Vestía un uniforme del ejército, con una pulida y brillante armadura.

—Soy el padre Gabriel, sacerdote de Notre-Dame —me presenté.

—Esperad aquí, monsieur —respondió con voz tronadora, adentrándose en el palacio.

Cuando regresó, hizo un gesto con la cabeza y las manos, permitiéndome el paso.

—Sed bienvenido al Palacio de Justicia, padre Gabriel —me recibió un hombre alto y delgado, de anciana mirada, vestido con túnicas de carísimos bordados—. Soy Marcel de Diderot, el consejero más cercano al ministro. Mis disculpas, Su Excelencia no esperaba vuestra visita. Permitidme ser vuestra guía. Monsieur de La Tulipe no os hará aguardar, os lo aseguro.

—No deseo que seáis mi guía, buen hombre. Esperaré hasta que el ministro esté dispuesto —respondí.

Su mirada se endureció.

—Como gustéis, padre —respondió—. Esperad, pues, aquí mismo.

Dicho esto, caminó en dirección contraria a mí hasta desaparecer.

Me mantuve en silencio y a la espera, pero el tiempo pasaba y nadie aparecía. No perdí la paciencia, comencé a dar pequeñas vueltas en círculo, admirando la grandiosidad de aquel lugar. La soberbia y la sobriedad se podían palpar en el ambiente. De pronto, un eco repentino y desgarrador llegó a mis oídos, el grito de un preso. Pensé que sólo Dios sabía lo que le acababan de hacer a esa pobre criatura, para que un grito de sus pulmones pudiese traspasar aquellos muros de piedra.

Respiré profundamente, y agaché la cabeza, negando con los ojos cerrados. Después de oír aquello, mi estómago se revolvió en mi interior, y el tiempo de espera se me hizo eterno. Jamás había estado tan incómodo encontrándome a solas.

—¿Padre Gabriel? —me habló monsieur Diderot, haciendo que yo me diese la vuelta para mirarle a los fríos y ancianos ojos—. El ministro os espera.

Me indicó que le siguiera. Mis fuerzas volvieron a mí, estaba dispuesto a presentarme ante el ministro y dar la cara por la familia de Svetlana hasta las últimas consecuencias. Tras subir una escalera y pararnos ante una puerta de madera frente a la que hacían guardia dos soldados, monsieur Diderot volvió a hablar.

—Podéis pasar, padre. Dejad que hable él primero, y después, si queréis seguir mi consejo, mostraos cortés. Vos sois joven, y Su Excelencia es un hombre noble que mide a los hombres por su nobleza.

Asentí, sin dudarlo. Monsieur Diderot abrió la puerta, ofreciéndome paso.

Ante mis ojos se extendía un salón enorme, colmado de escudos en las paredes y cuadros que mostraban retratos. Al fondo se alzaba una imponente chimenea de piedra. Bajo los grandes ventanales que poseía el lado izquierdo de la estancia, el trono del ministro presidía una mesa de madera noble. Reconocí en uno de los cuadros a una bella mujer que había atendido la misa del obispo... Era pelirroja, de piel blanquecina y mejillas sonrosadas. El retrato la mostraba sentada con un bebé en los brazos y con un niño de corta edad a su lado, en pie.

—Supongo que incluso un hombre de Dios está desarmado frente a tal belleza —me sorprendió una voz profunda y carrasposa.

Me giré y observé ante mí a un hombre al que ya había visto antes en la catedral. El caballero del parche en el ojo. Aquel hombre noble que tenía tan buena relación con el obispo. Hice una reverencia sutil ante el ministro.

—No elegí a mi esposa por su cuna, sino por sus ojos —dijo, acercándose a mí—. Claro que su cuna es realmente envidiable... Sois el padre Gabriel de Sylvius, ¿me equivoco?

—Estáis en lo cierto, Excelencia.

—Vuestro apellido os honra. La casa de Sylvius siempre ha sido digna protectora de Francia —con sus manos diestra señaló uno de los múltiples escudos que cubrían las paredes. Allí estaban mi halcón, mi libélula... Aquel blasón que parecía perseguirme, grabado a fuego en mi piel.

—Vuestras palabras son muy gentiles, Excelencia —dije, finalmente.

—El obispo me ha hablado de vos, padre Gabriel —el ministro me miró con su ojo sano, poniendo la expresión que cualquiera hubiese mostrado al poder contemplar detenidamente a un ángel—. Es cierto que tenéis un halo que no acompaña al resto de los hombres. Monseigneur siempre ha sabido ver cosas que los demás sólo pueden percibir después de demasiado tiempo.

Me quedé en silencio, aquellas palabras me enorgullecían, pero en la boca de aquel hombre podían causarme pavor.

—¿Qué deseáis, padre? ¿A qué debo el honor de vuestra visita? Tragué saliva, respiré.

—Vengo a pedirlos que cesen los ataques contra los gitanos. En especial los que se cometen en nombre de la Iglesia. Y también vengo a suplicaros por la vida de los que están entre las rejas de este palacio. Os pido humildemente que liberéis...

—Me pedís demasiado, padre —sonrió, compadeciéndose de mí—. A pesar de estar más cerca de Dios que el resto de los hombres, no estáis a salvo de vuestra juventud. Ignoráis las presiones que provoca gobernar... Veo que tenéis cierta misericordia por la raza gitana, y eso os honra, a mi entender, pero podría traeros verdaderos problemas con el obispo. No sé si vos lo sabréis, pero Monseigneur no comparte en absoluto vuestra... consideración por los gitanos.

Tragué saliva de nuevo. Sin duda, yo era consciente de aquello, y me horrorizaba pensarlo.

—A veces, incluso yo mismo pienso que el obispo se excede. Pero qué podría negarle yo a un hombre de Dios, cuando clama diciendo que me advierte de los zingáros por el bien del pueblo. En el fondo, padre Gabriel, deberíais admitir que las gentes de París no se sienten seguras con respecto a los gitanos. Roban para sobrevivir, y eso es innegable.

—Cualquier hombre se ve empujado a robar cuando pasa hambre, sin importar su raza. El problema podría evitarse, Excelencia. Mostrándoles el camino de la virtud. Si les ayudásemos a no tener que esconderse, si pudiesen asistir a misa y limpiar sus almas...

—¿Vos tenéis algo que proponerme, no es así?

—Estoy dispuesto a dar la cara por los gitanos que asistan a mi misa. Les considero iguales que el resto de los mortales; todos somos hijos de Dios. Si los hay descarriados que rechazan las enseñanzas de Cristo y que prefieren seguir en una vida de pecado, sea así. Pero, Excelencia, os pido compasión y clemencia para los que intentan buscar el camino a Dios.

El ministro pensó seriamente sobre lo que acababa de oír. No parecía escandalizado, y sopesaba cada palabra...

—Tenéis un corazón extraordinario, padre Gabriel. No conocerán mayor suerte aquellos que queden bajo vuestra protección. Yo no puedo pelear contra el obispo, y mi posición ante el resto de los ciudadanos debe mostrarme con mano de hierro ante los gitanos. Pero os concedo el acuerdo. En lo que concierne a la Justicia de París, todo gitano que quede bajo vuestra protección, padre, será libre. Mas sabed que si alguno de ellos quebrantase las leyes, vos habrías de responder.

—Es justo.

—Decidme, pues... ¿Por quién pedís clemencia?

—El obispo os pidió que persiguieseis a la familia del gitano Vyacheslav.

El ministro dirigió su ojo sano hacia mí, con una mirada de sorpresa.

—De modo que es cierto... —murmuró.

—¿Qué? —pregunté yo, confuso.

—El obispo me aseguró que sentíais... una fuerte debilidad por la hija de Vyacheslav. La joven y hermosa Svetlana. Ella es conocida en todo París por su belleza y, sobre todo, por su facilidad para encantar a los hombres con su presencia.

—Que el obispo piense eso de mí me avergüenza, sobre todo porque es falso.

—¿Llamáis mentiroso al obispo?

—Sólo digo que se confunde en su juicio.

—¿Queréis decirme que esa joven gitana no os resulta atractiva, padre? —rio—. Os daré un consejo, y espero que lo aceptéis... Al pueblo, hacedle creer que los placeres mundanos no pueden tentaros, pero a los hombres que están por encima de la mundanalidad no les avergoncéis. He conocido a muchos sacerdotes, a obispos y al mismísimo Papa... Sé cuánto tienen de humano y de divino. Creedme, padre, incluso Cristo perdería la cabeza con una mujer como Svetlana.

Tamaña blasfemia casi hirió mis sentidos. Quedé paralizado al oír aquello. Por un momento sentí que ese hombre merecía un castigo... y al mismo tiempo supe que no podía ser yo quien negara que lo que decía era verdad. Rogué en mi interior a Dios para que me perdonara, pero por un mísero segundo fui hombre, y acepté que las palabras del ministro eran una verdad detrás de otra. Sólo fue un segundo, seguido de horas de arrepentimiento.

—Yo... —vacilé.

—Haré que cesen las hostilidades contra aquellos a los que vos defendáis tras los muros de la catedral, pero sabed que los gitanos no soportan la piedra. No podréis retenerles mucho tiempo a salvo si ellos no se dejan. Los gitanos son... tercos.

—Dios no castiga a los hombres testarudos con la misma furia que a los crueles.

Creí haber sobrepasado un fino límite con aquellas palabras amenazantes. No pretendí que fuesen agresivas, pero así sonaron. Desde el inicio de nuestra conversación yo había estado muy tenso y esas palabras se escaparon de mis labios sin que yo pudiese hacer nada por evitarlo.

La mirada del ministro lo decía todo. Esas palabras habían sido atrevidas, le habían juzgado más de lo apropiado. Pero en su mirada tuerta aún pude ver que él sabía perfectamente que yo no mentía.

—Al parecer —habló—, ambos somos hombres que hablan con la verdad por delante, padre Gabriel. Sean blasfemias u ofensas.

—Perdonad mi atrevimiento, os lo ruego —dije serio, sin sonar lastimoso—. Pero sí. Hablamos con la verdad.

Entonces su mirada se relajó, y me ofreció una sonrisa. Quizás una de las sonrisas más sinceras que había visto desde mi llegada a París. Sólo Svetlana había sabido sonreírme de verdad en alguna ocasión. Me sentí confuso.

—Nunca creí que fuese a vivir esto —me dijo, como si realmente le hablase a un ángel—. Bendito seáis, padre Gabriel. NotreDame nunca estuvo destinada a tener a un hombre de corazón puro entre sus brazos... Sabedme vuestro amigo desde este preciso momento —hizo una medio reverencia a la que contesté con un gesto de agradecimiento.

—Sois muy gentil. Espero que nuestro acuerdo haya quedado claro. Si puedo hacer un último esfuerzo para interceder por los seres queridos de Svetlana...

—Dos de ellos, me temo, han muerto. Pero otros dos, algo más jóvenes, siguen vivos —pareció lamentarse de lo primero, aunque quizás fuese yo quien lo imaginó—. Tenéis mi palabra de que antes del mediodía estarán libres.

—Con cada parte de su cuerpo en su lugar, espero. Vuestros hombres no fueron muy condescendientes con Vyacheslav.

—Una lástima que no pueda volver a ver... sobre todo teniendo una hija como la suya —sus palabras se desvanecieron y volvieron a brotar con ímpetu—. Hablando de familia, padre Gabriel, me encantaría asistir a su misa alguna vez y acompañarme de mi propia familia —alzó la mano para señalar el cuadro de su esposa con los dos niños.

—El obispo notará vuestra ausencia durante su sermón —me permití advertirle—. Pero para mí será un honor, Excelencia.

—Nos veremos pronto, pues.

Hice una reverencia y me dirigí a la puerta para marcharme de allí.

El día había amanecido con el cielo limpio, pero cuando puse mis pies de nuevo en la calle, para dirigirme a la catedral, el cielo estaba nublado. Era un vasto y fiero manto gris oscuro el que se cernía sobre París, amenazando con arrojar el mismísimo diluvio. Tenía que ponerme a cubierto antes de que la lluvia comenzase a caer

impasible. Aceleré el paso hasta verme en las puertas de la catedral.

Hacía frío. No había muchos fieles en Notre-Dame cuando llegué decidido a buscar algo de abrigo en mi recámara. La catedral se veía muy oscura cuando la luz no traspasaba las vidrieras de colores, sin embargo esa ausencia de luz exterior daba poder a la multitud de velas y cirios que Gédéon se había esmerado en encender y cuidar, sin poder quitarse de la mente que con alguna de ellas hirió a Maurice.

Llegué a mis habitaciones. Tomé algo con lo que taparme; una pequeña manta fue suficiente. Observé que Maurice estaba despierto, pero aturdido aún, por lo que me senté en la silla de mi escritorio, y no al borde de la cama, para no incomodarlo.

—Buenos días, padre —murmuró.

—Buenos sean para ti también, joven Maurice —le respondí—. ¿Has dormido bien?

—Sí, gracias a vos, padre. Habéis sido muy gentil conmigo, cuidándome.

—Es mi deber ayudar a mi prójimo, no ibas a ser tú menos. ¿Tienes frío? Está a punto de caer una tormenta.

—No os preocupéis por mí, padre. Más bien debería dedicarme a mis quehaceres, ¿no creéis? El obispo podría... —le noté acelerado y angustiado de pronto.

—Tranquilo. No te levantes aún, descansa —le calmé como bien pude—. Sobran tus cuitas, hijo. Le hice saber al obispo que ahora estás a mi servicio, y no al suyo.

—¿Le habéis dicho eso? —se asustó—. Creerá que os lo he pedido yo, podría ponerse furioso...

—No tienes que darle cuentas al obispo, Maurice. Ya no más, ¿entiendes, hijo? —me acerqué a él, para cobijarlo de sus propios miedos—. Te prometo que no volveré a fallar a mi palabra. Estarás a salvo; será mi responsabilidad.

Le toqué los hombros, y noté que estaban helados.

—Maurice... —en un gesto rápido, me despojé de la manta y la sumé a la que ya tapaba al muchacho—. Voy a pedirle a Gédéon que suba un poco de caldo caliente para ti. Volveré en un momento.

—Gracias, padre.

Bajando las escaleras de piedra, pude sentir sobre el cielo de París el primero de muchos estruendos que los rayos traerían consigo ese día.

Había aún menos personas en aquel momento dentro de la catedral. Gédéon rezaba frente al altar, apenas acompañado de tres feligreses, entre ellos una señora cabizbaja y muy anciana que parecía dormir.

—Gédéon —le llamé, con suavidad.

Él alzó la mirada, dejando su rezo por un momento.

—Padre —se dirigió a mí, dispuesto a obedecer.

—Ve a la cocina y pon el caldo a calentar. Necesito que le lleves una ración a Maurice, que descansa en mis aposentos.

—¿Se encuentra él bien, padre?

Sus ojos me preguntaron como si la confesión que me había hecho no le hubiese liberado de culpa alguna.

—Mejorará —me limité a decir, lentamente, asintiendo—. Ve.

El joven se puso en pie y se marchó hacia la cocina. Entonces fui yo el que se arrodilló para rezar. Los truenos no cesaban, se oían profundos y sordos, y a veces tan claros que parecía que las campanas de la catedral estaban llamando a misa. Para mí, eran una muestra enorme del poder de Dios.

—El cielo sufre conmigo —sonó una voz femenina a mi lado—. Las nubes lloran desconsoladas y el trueno se presenta tan bravo como la ira es capaz de mostrarlo.

—Svetlana —pronuncié, tragando saliva.

—Soy yo, padre Gabriel —admitió, mirándome—. ¿Lo oís, verdad? El cielo sabe de las injusticias que azotan París, y no está contento. Ha otorgado a la ciudad la oscuridad de sus nubes negras porque es la que llena los corazones de la gente con poder.

Respiré profundamente.

—No digáis eso —le pedí en un susurro—. No blasfeméis. Sólo Dios sabe por qué querría enviarnos una tormenta. Los elementos no pueden manifestarse por sí solos. Él tiene que empujarlos a mostrar su furia.

—Pensad lo que queráis —respondió ella, en voz baja, con cierta indignación, y volviendo a mirar hacia el altar.

—Creí que no volveríais por aquí —murmuré, santiguándome, para ponerme en pie.

Svetlana también se puso en pie, enfrentándome.

—No pensaba volver —admitió ella, mirándome a los ojos—. Cuando las nubes empezaron a unirse en el cielo entendí que debía venir a veros.

—¿Por qué? ¿Qué diferencia hay entre un cielo limpio y uno gris para que acudir a la catedral sea más o menos acertado?

—Tenéis algo malo que decirme, lo sé —murmuró ella, muy segura de sus palabras—. La tormenta es augurio de muerte.

Asentí, y le indiqué que me siguiera a la sacristía. Ella no se santiguó, ni miró por última vez el sagrario... sólo me siguió sin más.

—Aquí podremos hablar tranquilos —le dije, dejando que ella cerrase la puerta.

—Pues hablad —respondió ella, con gesto asustadizo, acercándose a mí—. Vos... habéis estado en presencia del ministro. Me dijisteis...

—Sí, sí —la tranquilicé, tomando sus manos, un gesto que me solía censurar a mí mismo. En otro tiempo le hubiese soltado en seguida, pero noté que estaba temblando de congoja y no tuve fuerzas para dejarla desamparada—. He estado en el Palacio de Justicia y he visto al ministro.

—¿Le hablasteis de mí?

No sabía cuál era la respuesta correcta a esa pregunta, pero sí la verdadera.

—Él me habló de vos; admití conoceros.

El rostro de Svetlana se desencajó.

—¿Y mi familia? —pudo preguntar, a duras penas—. Eran cuatro...

Bajé la mirada, y noté cómo ella dejaba de temblar. Sus manos parecían inertes de repente.

—Tus primos han sobrevivido. Serán liberados antes de mediodía —dije, mientras le ayudaba a que tomara asiento.

Vi petrificado cómo dos finísimas lágrimas recorrían su rostro. Tenía los ojos cerrados, pero la tomé por la barbilla e intenté que me mirara. No lo hizo. Sequé sus lágrimas con mis manos. Jamás la

había tocado tanto. Apartó el rostro, dejando mi mano desnuda de su tacto. Respiró con profundidad.

—Espero que hayan sido con ellos más benevolentes que con mi padre.

—Yo no puedo decir nada con respecto a eso, pues nada sé —me excusé muy cobardemente. Al ver que ella no respondía y que mi alma se dolía con sus lágrimas, me apresuré a darle la única buena noticia—. El ministro y yo hemos llegado a un acuerdo con respecto a los gitanos.

Aquello llamó su atención. Secó en seguida sus lágrimas, haciendo notar su atención. Quedó en silencio, expectante.

—Haz saber a tu familia que todo aquel que esté bajo mi protección estará a salvo de los guardias. Monsieur de La Tulipe es un hombre de honor.

—Un hombre de honor que ha dejado ciego a mi padre y ha matado a mis tíos.

—No puedo defenderle, pero creedme, lo haría si pudiera. No ha sido hostil. Siente por los gitanos más indiferencia que odio. Cumple con un protocolo anterior a su existencia, no lo impone.

—Podría hacerlo desaparecer, es el ministro, ¿qué se lo impide, si es tan buen hombre?

—Gobernar no es fácil.

—Y torturar sí.

—Svetlana, el ministro ha puesto un poco de su parte. Aprovechadlo mientras podáis, vos y vuestra familia... —entonces sí me miraba a los ojos—. Dejadme ayudaros.

—¿A qué rendir pleitesía a un dios en el que no creo, sólo para ganarme la libertad que me pertenece por derecho? Sabéis de sobra que nunca obedeceré a vuestro buen ministro, ni a vuestro piadoso obispo, ni a vuestro temible dios —asumí esas palabras lo más recatadamente que pude, apretando mi mandíbula y bajando la mirada—. Sin embargo... —acercó su mano a mi rostro hasta tocarlo con suavidad. Su proximidad me dio escalofríos—. Me quedaré a vuestro lado hasta que vos me pidáis que me marche. Sólo espero que eso no ocurra nunca.

Tuve que cerrar los ojos por la furiosa emoción que recorrió mi cuerpo al sentir que el aliento de Svetlana chocaba con el mío. Por

un segundo perdí la noción del tiempo y olvidé incluso mi nombre. Aquella bellísima joven poseía un poder capaz de crear en mí un trance que desconocía, uno que el Altísimo no me había ayudado nunca a alcanzar. Me rendí al deleite de sentir sus labios abriéndose alrededor de los míos. La deseaba, pero jamás me había permitido a mí mismo saberlo. Sus labios querían entregarse a los míos y sentí deseos de probar esa emoción delirante hasta el final... Pero el sonido de un trueno me hizo recobrar el sentido. Habría sido lo más delicioso que hubiese probado jamás, y sin embargo un miedo tenebroso me anegó. Liberé su rostro de mis manos y la dejé con los ojos cerrados y la respiración acelerada. Abrió los ojos poco a poco. Esa mirada podría haberme convertido en un animal, si ella hubiese querido. Alejé esos pensamientos de mí.

—Perdonadme —murmuré, avergonzado.

—Soy yo quien debería pedir perdón, Gabriel. Y no pienso hacerlo —me dijo, sonriendo con tristeza—. Os amo.

—No deberíais.

—¿No es vuestro dios el que dice que debemos amarnos los unos a los otros?

—Con fraternidad...

Notó en seguida que yo estaba asustado. Tomó mi rostro entre sus manos y me miró con dulzura. Me besó en la mejilla. Y, aunque fue fugaz, me sentí su prisionero. Todo mi cuerpo la deseaba, poniéndome al límite del arrebató.

—Sabed que ahora mismo vuestro dios sufre la envidia que yo le he tenido todo este tiempo —me dijo—. Aunque los demás deban permanecer ignorantes, vos debéis saberlo. Sois el hombre más hermoso que he conocido jamás.

—Pues como vos hay pocas...

—Dejad que me quede a vuestro lado.

La aparté de mí, con delicadeza, usando la mayor fuerza de voluntad que jamás necesité. Tuve que poner todo mi empeño para conseguir ese mísero gesto. Era diabólicamente atractiva.

—No puedo, Svetlana. Yo no soy un hombre —dije, esforzándome para poder pronunciar cada palabra—. Soy un sacerdote.

Sus ojos parecían cristales rotos en mil pedazos, llenos de rocío de la mañana. No quería llorar, pero apenas podía evitarlo.

—¿Queréis que me vaya y que no vuelva?

—No... en absoluto. Quiero que os quedéis y que traigáis a vuestra familia, quiero... Os prometo que conmigo estaréis a salvo.

Respiré profundamente, viendo que ella apenas podía dejar el aire pasar a su interior.

—Desearía poder amaros como mujer, y no necesitaros como feligresa.

—Y yo poder entregaros lo que anheláis. Pero el Señor me ata de pies y manos —acaricié su rostro y vi cómo ella asentía, entendiendo el sino que pesaba sobre mí.

—Haré lo que me pedís —dijo—. Avisaré a mi familia y seguiré poniéndome bajo vuestro amparo... padre.

Tragué saliva al oírle decir aquello. Apenas pude asentir y dejarle paso.

La vi alejarse y desvanecerse, casi tan clandestinamente como había aparecido junto a mí. Me quedé solo, aterrado por la idea de necesitar un confesor... Para mí era ya una obviedad que no podía contarle nada de aquello al obispo, pero eso significaba que tendría que salir de la ciudad para buscar la ayuda que necesitaba. ¿Qué excusa habría de poner para ausentarme hasta mi regreso?

De pronto mi mente dejó de preocuparse por un confesor. Como un relámpago, recordé los ojos de Svetlana, sus gestos y su boca. Tuve que tomar asiento para no morir de vergüenza sintiendo cómo mi cuerpo temblaba y mis ojos se cerraban sin que yo tuviese voluntad sobre ellos.

—Gabriel, ¿cómo se te ocurre? —murmuré—. Ya basta.

Respiré profundamente y recuperé la compostura. Tenía calor. ¿De dónde había sacado esa mujer un poder tan intrigante y arrasador? ¿Y cómo pude yo quedar al margen de tal hechizo por tanto tiempo? Siempre admití que para los hombres debía de ser una mujer irresistible, pero a mí no podía afectarme, ni debía permitirlo, ni siquiera imaginarlo. Me tranquilizaba que Svetlana lo hubiese entendido, porque así no volvería a ponerme entre la espada y la pared. Tras probar sus labios la tentación habría

aparecido ante mis ojos libres de su cegadora venda blanca. Era mejor que nada me forzara.

Caminé lentamente y subí las escaleras hasta mis habitaciones. Mi cabeza seguía en la sacristía, y mis manos en el cuerpo de la joven belleza gitana. Mi corazón estaba temeroso. Abrí la puerta con cuidado, sin hacer ruido, por si Maurice dormía. Me sorprendió encontrarle con un libro en las manos. La Biblia de mi madre, que yo colocaba cada noche bajo mi almohada, tras leer un poco.

—No deberías tomar nada con tus manos, hijo. Aún no estás bien —le aconsejé.

—Casi no pesa —se excusó él.

—Puedo leer para ti, si te resulta más cómodo.

—No estoy leyendo, padre. Me gustan los dibujos que tiene —me mostró uno en el que Moisés mostraba las Tablas de la Ley. Me recorrió un escalofrío inmenso—. No sé leer.

Tragué saliva y le miré a los ojos.

—¿No sabes leer? —me sorprendí—. ¿Eres siervo del obispo y no sabes leer?

—Gédéon me dice que me enseñará, pero siempre lo evita. Perdonadme por pensar mal, padre, pero yo creo que miente. Seguro que él tampoco sabe leer.

—No digas eso, Maurice... —hice un gesto para que me entregara el libro, a lo cual cedió—. ¿Quieres aprender a leer?

Sus ojos parecieron encenderse.

—¿Me enseñaréis vos?

Mi mente había maquinado en esos pocos segundos un plan que pudiera ayudarme a salir de la ciudad.

—No, hijo. Pero sé de alguien que lo hará con mucho gusto.

Tomé una de mis bolsas de viaje y empecé a moverme por mi alcoba, reuniendo todo cuanto necesitaría llevarme para el viaje.

—¿A qué pretendes dedicarte cuando ya no tengas edad para ser monaguillo, Maurice? —le pregunté, mientras él observaba confundido lo que yo hacía.

—No lo sé, padre... A veces sueño que soy arquitecto y levanto catedrales.

—Necesitarás estudiar para eso.

—No puedo, padre. Me debo a mis deberes, vos lo sabéis.  
Dejé la bolsa de viaje sobre la mesa de mi escritorio. Me volví hacia el muchacho y le sonreí.

—Ahora estás a mi servicio personal, Maurice.

—Sí, padre —respondió, mostrando una fiel obediencia.

—Te llevaré a Reims.

—¿Cómo decís? —se sobresaltó.

—No encontrarás en toda Francia mejores profesores que los que allí conocí yo mismo. Si quieres servirme bien, habrás de aprender antes.

—Padre —dijo, asintiendo, obedeciendo de nuevo.

—Partiremos mañana al alba —entonces me fijé en el cuenco vacío que reposaba en mi mesilla de noche—. Veo que Gédéon te trajo el caldo. Dentro de unas horas le pediré que te sirva otro. Me ocuparé de tu equipaje, joven Maurice. Mientras tanto, descansa.

Le devolví la Biblia, para que siguiera viendo los dibujos, y supe que la miraba de otra manera... La miraba con una esperanza nueva. La esperanza de que quizás en poco tiempo pudiese entender lo que decía. Para bien o para mal, Maurice iba a aprender e iba a ser capaz de tomar un libro y recoger sus frutos. No quise creer mis oscuros pensamientos, que me decían que el obispo no les enseñaba a leer para que no le diesen problemas.

Al atardecer, me decidí a hablar con el obispo. En realidad no sabía cómo dirigirme a él para explicarme que me ausentaría unos días, ni si realmente me daría su permiso. Procuré serenarme; iba a mentirle sobre mis propósitos en Reims. O, cuando menos, no iba a contarle toda la verdad.

Llamé a la puerta y abrí yo mismo. Gédéon estaba allí, solo, y se sobresaltó al verme.

—Padre —habló en voz muy baja—. Me habéis asustado.

—Ya lo veo —respondí yo, pretendiendo que no me fiaba de él—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Termino de doblar las sábanas limpias del obispo.

—¿Y por qué hablas en voz tan baja? —pregunté, aunque yo le imitaba.

—El obispo está en la sala de estudio, y no debemos molestarle —me dijo, señalando una puerta—. Después debo limpiar la estancia, en especial el marco de aquella pintura. El obispo ha sido muy claro con respecto a ello.

El cuadro al que se refería Gédéon no era otro que el que representaba al arcángel Gabriel iluminando al obispo.

—¿Cómo se encuentra Maurice, padre?

—Va a estar mucho mejor en unos días, al menos tengo esa esperanza —le respondí—. Continúa con tus deberes. Voy a hablar con Monseigneur.

—Esperad, padre —me frenó con auténtica necesidad de que me quedase quieto donde estaba—. No deberíais interrumpir al obispo cuando está en la sala de estudio.

—¿A qué lo juzgas tan inoportuno? Sólo tomaré unos segundos de su tiempo.

—Diréis que los tomará su eminencia del vuestro.

Fruncí el ceño, abrumado por el desconcierto y la curiosidad que aquellas palabras despertaron de pronto en mí. En cualquier caso, me pareció un auténtico atrevimiento por su parte.

—¿Cómo habéis dicho, monsieur Gédéon?

—Perdonadme, padre. No fue mi intención ofenderos —se volvió a sus labores sin darme mayor explicación que su silencio.

Avancé hasta la puerta y golpeé para llamar. Esperé pacientemente. Al otro lado no se oían ruidos. El pomo de la puerta giró y el obispo apareció frente a mí. Volvía a aparentar una fragilidad extrema sin sus ceremoniosas ropas de ministro de Dios. Al parecer, sí había sido un error interrumpirle. Me miró con seriedad, y pude ver en seguida que le había incomodado. Entendí que Gédéon aprendió la lección con algo más que una mirada fría como la que me tocó soportar a mí. Yo en su lugar jamás habría vuelto a aventurarme.

La mirada que el obispo le dirigió entonces al joven no necesitó acompañarse de palabras. Gédéon abandonó las habitaciones.

—Os pido perdón, Monseigneur, si os he...

—¿Qué deseas, Gabriel? —me cortó con bastante violencia, pero preferí creer que me lo merecía. Estaba dándome la espalda, observando el trabajo que Gédéon había hecho con las sábanas.

—Necesitaba avisaros de que me dispongo a pasar unos días fuera de París.

Se giró rápidamente para enfrentar mis ojos con una mirada de censura.

—¿Qué dices, Gabriel?

—Esta mañana visité al ministro y establecimos un acuerdo que me inspira confianza. Creo que ahora puedo ausentarme sin que haya un revuelo reseñable con respecto a...

—Con respecto a los gitanos —terminó él, secamente—. Me alegro de que estés en paz.

—Aún no está todo hecho, pero algo es algo, Monseigneur.

—¿Y a dónde quieres ir?

—A Reims.

Aquello sí que no le gustó nada. No comprendí por qué la vuelta al lugar del que me sacó le revolvió de esa manera las entrañas. Lo noté en sus ojos.

—¿Y hay alguna explicación de peso para que me dejes a cargo de la catedral durante tanto tiempo? Porque, créeme, más vale que la haya. No entiendo tus insensateces y estoy empezando a cansarme de tus caprichos. Sabes que no pienso consentirte ni un sólo despropósito más.

Entonces entendí su mirada de reproche nada más verme. Mi visita al ministro, que se había dado finalmente, le había parecido un insulto y un gesto de falta de obediencia.

—Quiero ofrecerle a Maurice una educación ejemplar. En Reims podrán dársela.

—Estoy hastiado de ese mequetrefe. ¿Cuándo dejará de darme problemas? No merece tu atención, Gabriel.

Aquellas palabras no sólo me mostraron que aquel día el obispo no estaba muy dispuesto a dialogar, sino que realmente la excusa no le iba a parecer suficiente.

—Quiero que reciba clases en Reims. Maurice está a mi servicio y quiero que me sirva debidamente, con los conocimientos necesarios.

—Pues envíale a Reims en un carruaje. ¿Por qué habrías de abandonar París?

—Iré con él. Sólo serán unos días.

—Que no se te pase por la cabeza pisar tu seminario. Esos pobres diablos enloquecerían de envidia al verte.

Podía prometerle aquello, si con esa condición me permitía partir.

—No me acercaré al seminario, os lo prometo.

—De veras te digo que no te entiendo.

—Partiré al amanecer. Sólo deseo que mi viaje sea lo menos accidentado posible y que me devuelva raudo de vuelta a París.

—Ve pues. Márchate de una vez —me hizo un gesto con la mano, como si me echase de la estancia a patadas. Estaba realmente dolido por mi petición.

Era la hora de sentarme en el confesionario a esperar a aquellos fieles que quisieran ser purificados. Me sentí ridículo. No creí tener la dignidad suficiente para ejercer de confesor si era mi alma la que necesitaba uno urgentemente. Aquello me llevó de nuevo a pensar en Svetlana, y a preguntarme qué pasaría cuando la viese de nuevo. Aún ardían mi pecho y mi cabeza cuando recordaba lo que había estado a punto de ocurrir...

—Ave María Purísima —me habló una voz joven y temblorosa, sacándome de mis pensamientos.

—Sin pecado concebida.

—Padre, hace un día que no me confieso —reconocí la voz de Gédéon. Suspiré—. He faltado al octavo mandamiento... creo.

—¿Crees, hijo? —quizás por no saber leer, Gédéon no tenía claras las escrituras, pero me habría sorprendido sobremanera.

—No he mentado, padre. Pero... tampoco he contado la verdad.

—¿Has ocultado la verdad a alguien?

—A vos, padre —pude sentir cómo agachaba la cabeza, arrepentido.

—Explícate.

—Jamás os he mentado, lo juro.

—No jures.

—Perdón. Pero os aseguro que nunca usé mentiras con vos. Sin embargo, creo que hay cosas que deberíais saber y que no os he contado... Y algunas me dan miedo.

Sopesé la situación. Si me enfadaba con él, se acobardaría y no me contaría nada. Me mostré sereno y paciente.

—¿Qué cosas son las que te atemorizan? Puedes contármelas, hijo.

Gédéon procuró que nadie a su alrededor estuviese prestando oídos a sus susurros, o mirándole de reojo. Por suerte para él, la catedral estaba casi tan vacía como por la mañana, aunque los truenos habían cesado. El muchacho apenas alcanzó a ver a la piadosa anciana, que se había pasado el día entero rogando en la catedral.

—Veréis, padre, a veces cuando estoy en los aposentos del obispo, hundido en mis deberes, oigo cosas... No soy un fisgón, os lo prometo. No es mi intención.

—No tienes la culpa de que tus oídos no tengan párpados, hijo mío. ¿Qué cosas oyes? —pregunté, siendo benevolente.

—Cuando el obispo se encierra en la sala de estudio, algunas veces, le oigo murmurar. No entiendo nada de lo que dice, y además procuro no prestarle atención, pero me resulta inevitable. Os aseguro que no le espío, sólo cumplo la orden de ocuparme de su recámara, y no se me está permitido marcharme de allí hasta que lo deje todo terminado...

—Entiendo. ¿Y son sus murmullos los que te dan miedo?

—Al principio no. Habla en susurros como si se hablase a sí mismo, pero poco a poco su voz va cobrando vida y entonces parece que habla con otra persona. Entonces empiezo a asustarme.

—¿A quién le habla, según tú, hijo?

Bajó la cabeza, pues estaba temblando de miedo y apenas podía hablar. Tragó saliva de una forma tan brusca que pude oírlo perfectamente.

—Creo que... al Diablo, padre Gabriel —su respiración se hizo tremendamente pesada, como si siquiera nombrar a la oscura deidad le convirtiese en su próxima diana.

Estreché mi mirada, denotando confusión e incredulidad.

—¿Por qué piensas eso? Sabes que es una acusación de lo más grave.

—Os suplico que me perdonéis. No sería capaz de acusar al obispo de semejante mal, padre, pero tengo miedo de que sea verdad —me dijo—. Sobre todo me da miedo cuando pronuncia vuestro nombre. El resto de sus palabras soy incapaz de

entenderlas, pero vuestro nombre lo pronuncia siempre de forma clara.

Fruncí el ceño, aquello me descolocó por completo.

—¿Mi nombre? —murmuré.

—Sí, padre. Siempre empieza murmurando, y más tarde se retuerce, como si alguien le hiciese daño... el Diablo le posee y le daña, puedo oír sus quejidos, no son gritos de dolor, pero son estremecedores. Y después pronuncia vuestro nombre varias veces, quizás porque os pide ayuda.

Estoy seguro de que en aquel momento, cuando me llevé una mano a la boca, mi rostro palideció y mi mirada se desencajó. Sentí una horrible sensación. Un rechazo profundo a seguir oyendo aquello brotó en mí. Un peso enorme calló a mis pies, y un frío crudo me invadió. Carraspeé, haciendo que Gédéon buscara mis ojos a través de la malla del confesionario.

—No has de temer, hijo —pude pronunciar a duras penas—. El obispo no habla con el Diablo. Reza por mí, de una manera en la que sólo los hombres más cercanos a Dios saben hacerlo. El obispo es capaz de encontrarse tan cerca de Nuestro Señor, que se duele de gozo —me sentí mal por usar esa expresión, pero lo hice porque estaba indignado—. Más te valdría ignorarlo si lo oyes —le aconsejé—. No podrías entenderlo.

—Entonces he hecho bien contándoos todo.

—Siempre haces bien contándome cosas, hijo mío. Estoy aquí para escucharte —dije, deseando sin embargo que se marchara cuanto antes y que me dejara a solas.

—Perdonadme entonces el haber dudado del obispo y el haber tardado tanto en contaros esto.

—¿Cuánto se podría decir que has tardado, hijo? No habrá sido tanto...

—Escucho al obispo realizar esa ceremonia suya desde antes de que vos vinieseis a París. Desde que yo era más o menos tan joven como Maurice, cuando aún estabais en el seminario y el obispo os visitaba. A mí me hablaba maravillas de vos, y yo os admiraba por ello.

Tapé mis ojos con mis manos. Aquello me pareció terrible. Respiré, notando que tenía un nudo en la garganta, y negué con la

cabeza, intentando calmarme.

—Te absuelvo de todos tus pecados. En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo —murmuré, sin poder pestañear siquiera.

—Amén —respondió él, santiguándose y poniéndose en pie, liberado de un enorme peso.

Oí cómo se alejaba. En cuanto sus pasos estuvieron fuera del alcance de mis sentidos, comencé a rezar un Padre Nuestro. Estaba escandalizado, aterrado...

—Ave María Purísima —se dirigió a mí una voz gastada y ruinosa.

Era la voz de la anciana. A veces pasaba días enteros en la catedral, aunque hacía poco tiempo que visitaba NotreDame... No hacía demasiado tiempo desde que la vi por primera vez. Su aspecto era lúgubre. Guardaba luto por alguien, iba siempre vestida de negro. Estaba encorvada al andar, desdentada casi por completo, muy arrugada y tenía unas oscurísimas ojeras. También su cabello gris estaba cubierto por un velo negro. Parecía una bruja, y no me inspiraba mucha confianza. Desde que unas semanas antes empezó a rondar la catedral, nunca se había confesado.

—Sin pecado concebida. Cuéntame tus pecados, hija —me resultaba extraño dirigirme con ese apelativo a una persona que podría haber sido la abuela de mi madre.

—Soy tan pía como el que más, padre. No vengo a confesaros nada —su voz era escalofriante—. Vengo a advertiros. La más inhóspita oscuridad se cierne sobre NotreDame.

—¿Cómo decís? —me perturbé.

—Vos sois el primer ángel que habita estos muros, padre Gabriel. El Altísimo jamás fue tan afortunado de que su casa la regentase un anfitrión tan puro como vos. El Diablo envidia esa suerte, y se encela cada vez que vuestros ojos despiertan a un nuevo día en la catedral de París. Os intentará conquistar con sus malas artes...

—Hija mía, esas palabras hieren a Cristo —le corté, con brusquedad—. Las premoniciones nacidas de la brujería son blasfemia. No debéis darles crédito alguno. Si sois pía, renunciad a ellas.

Ella pareció aguantar la risa.

—La brujería no existe, padre Gabriel —respondió, de pronto apenada, como si lo lamentase profundamente—. Sólo existe la sensibilidad privilegiada de aquellos que pueden ver más allá que el resto de los mortales.

Se marchó al decir esas palabras. Me dejó sin saber qué responder, sin que me diese tiempo a sopesarlo todo. Sentí una angustia imparable que me carcomía por dentro. La idea de que el obispo sucumbiese a sus instintos valiéndose de mi presencia me repugnaba. Siempre me habían enseñado que los hombres tienen un lado oscuro y primitivo. Pero la Iglesia permitía a sus fieles rendirse a las mujeres, a favor del Señor, para traer hijos al mundo... Nunca dejó de condenar la lujuria, y mucho menos la que un hombre pudiera sentir por otro. El simple hecho de imaginar que el obispo sintiese cualquier deseo carnal por mí me suponía una tortura. Para mí, y dada mi instrucción primitiva e insensible, aquello era inhumano, despreciable y vomitivo. Aunque explicaba muchas cosas...

¿Qué iba a saber yo, por aquel entonces, sobre la arbitrariedad de la Iglesia y su ética? Respondí a la situación de acuerdo con mi educación. Ya llegaría el momento de quitarme las vendas de los ojos.

A la mañana siguiente, el cochero del obispo se presentó en la catedral, siguiendo mis instrucciones. Maurice y yo subimos a un carruaje que habían preparado para nosotros, y los lacayos del obispo se prepararon para acompañarnos en el viaje.

Maurice llevaba todo lo necesario para quedarse en Reims, como yo lo había dispuesto. Con más razón que nunca, le quería alejar de la catedral y de aquel hombre del que a cada segundo me fiaba menos. No nos despedimos de nadie, excepto de Gédéon, que lloraba en los escalones de Notre-Dame, mientras alzaba la mano y la agitaba en el aire para despedirse del único hermano al que había conocido. El futuro del joven Maurice ya era algo más brillante que el de Gédéon, sólo habría de aprovechar la oportunidad que yo le brindaba.

La niebla nos dificultó el camino, pero, al fin, dos días después de partir desde París, se alzó ante mis ojos la hermosa catedral de Reims. Habíamos llegado a nuestro destino, y una calma cálida me protegió de pronto. Había transcurrido poco más de un año desde que mi destino me llevó a París, y Reims se mantenía majestuosa y altiva como siempre. Era una ciudad que parecía no tener complejos con respecto a la capital. Era lo más cercano a un hogar que yo había conocido desde que abandoné el Ducado de Sylvius.

Me bajé del carruaje, ayudando al joven Maurice, y les indiqué a los lacayos que se dirigieran a buscarnos alojamiento, y que nos encontraríamos en la catedral.

Me alegré enormemente de encontrarme de nuevo caminando por las calles de mi bien amada Reims. Maurice estaba junto a mí, siguiendo mi paso, mirando a su alrededor, reconociendo la ciudad que estaba a punto de acogerle para hacerle el mejor de los regalos: el conocimiento.

A pesar de considerar al obispo un pecador, como yo mismo, no falté a mi palabra. Me mantuve alejado cuanto pude del seminario. Sólo precisaba entrar en la catedral, pues sabía perfectamente que allí, justo a mediodía, podría ver al padre Bernard d'Arles, asistiendo a su encuentro con Dios, fiel a su rutina diaria.

Cuando el joven Maurice estuvo justo debajo de las puertas de la catedral se quedó ensimismado, boquiabierto, ante la visión.

—Es muy bonita, padre —dijo, queriendo expresarse con sus manos heridas, aún envueltas en vendas.

Yo le sonreí, admitiendo que pensaba lo mismo que él, y le indiqué que pasara al interior del templo. Nos santiguamos al entrar. Sonaba el órgano, como una voz profunda y solitaria, que invitaba a la reflexión.

—Ven, hijo —le pedí, tomándole del hombro, cuando divisé en uno de los primeros bancos la figura agachada del padre Bernard.

Sonreí, a medida que me acercaba a él. Estaba deseoso de saludarle.

—Padre Bernard —le hablé, con suavidad, cuando Maurice y yo nos quedamos en pie, justo a su siniestra.

Reconoció mi voz en seguida. Miro hacia el altar, como si acabase de intuir un milagro.

—Jamás me traicionaron mis oídos —murmuró, girando entonces la cabeza para mostrarme su mirada emocionada—. ¿Gabriel? —se puso en pie con lentitud—. ¡Oh, Gabriel!

Me abrazó como si fuese su propio hijo, y yo respondí a ese gesto con efusividad. Maurice sonrió, encantado de ver algo de afecto real, por una vez en su vida.

—Hijo mío, ¿de verdad estás aquí? —preguntó al aire, poniendo sus manos en mi rostro—. Sí, has vuelto. Dichosos los ojos que te contemplan, hijo mío.

Entonces me miró de arriba a abajo y comprendió lo que el obispo había hecho de mí.

—Padre Gabriel —murmuró—. Así que ya sois sacerdote en Notre-Dame —lo dijo pretendiendo hacerme creer que se enorgullecía, y lo hacía, pero en el fondo algo de disconformidad ocultaba su gesto—. El obispo os habrá enseñado bien, espero.

—Y aun así, vuelvo a recurrir a mis antiguos maestros, pues sé que nadie podría aconsejarme mejor que vos, padre Bernard.

—Es un honor que me tengáis en tal estima —admitió él, asintiendo halagado.

—Antes de hablaros de mí, sin embargo, quisiera presentaros a este joven —me giré hacia mi monaguillo, que estaba expectante—. Su nombre es Maurice Antoine de Verçellac; en París le llaman Maurice el joven. Su familia era rica hace varias generaciones, pero su abuelo la dejó en la ruina. El padre del muchacho no conoció lujo alguno en esta vida. No hay herencia a la que pueda aferrarse, ni tan siquiera una de conocimiento...

El padre Bernard me miró de forma significativa, tras observar las ropas de Maurice.

—Es un monaguillo del obispo —supo adivinar—. ¿Por qué lo lleváis con vos?

—Está a mi servicio personal, y he juzgado apropiado que le enseñéis a leer, a escribir y a ser un hombre de provecho.

—¿Quiere ser sacerdote?

—Quiere ser arquitecto y construir catedrales.

—No es algo que enseñemos en el seminario, padre Gabriel. Pero si sois vos quien me pedís este favor como algo personal, así

me lo tomaré. Me ocuparé de este joven hasta que esté preparado para ir a la universidad, si es ese vuestro deseo.

—Lo es, padre —asentí—. Y también lo es alejarle de París, pues allí he conocido una mano retorcida y tergiversadora de la cual prefiero que Maurice esté alejado. Es un muchacho noble y un buen creyente... No quisiera que nada influyese en contra de esa pureza.

El padre Bernard no necesitaba más que esas palabras para entender que yo ya había conocido al obispo suficientemente bien. Supo que ya entendí su falta de entusiasmo ante la idea del obispo de sacarme del seminario, supo que teníamos que hablar en privado.

—Dominique —el padre Bernard llamó a uno de sus alumnos, un joven que rezaba dos bancos más atrás. El chico alzó la mirada—. Cuida de él —le indicó, señalando a Maurice y recibiendo un gesto de obediencia por parte de su alumno—. Me ausentaré durante un momento.

—Maurice, quédate aquí.

—¿Vendréis a por mí, verdad, padre? —me preguntó, apurado.

—Claro que sí, no te preocupe. Ten paciencia y espérame aquí.

—Sí, padre.

El padre Bernard y yo nos alejamos del altar. Existían unas escaleras que llevaban a la sala del coro. No había nadie allí, y el organista estaba sumido en su trabajo.

—Aquí podéis confiarme aquello que necesitéis contarme —me dijo, ofreciéndome asiento—. Es obvio que no habéis venido sólo por añoranza.

—Ciertamente, este lugar despierta en mí una gran nostalgia, padre —admití—. Pero es algo más complicado lo que me trae a Reims. Os necesito para limpiar mi alma.

—¿El obispo no puede confesaros? —preguntó, sorprendido—. Que Dios me perdone, pues creo que no tiene derecho moral sobre nadie, y ha cometido pecados peores que muchos de los que le habrán confesado sus fieles... Pero vos, Gabriel, ¿qué habríais podido hacer que ni un miserable como el obispo pudiera digerir?

—Lo sabíais.

—¿Qué habría de saber? ¿Que era un error dejarte en manos de esa serpiente? Sí, lo sabía. No podía hacer nada en absoluto sin

poner mi vida en peligro.

—Intentasteis advertirme, eso para mí es más que suficiente. Os lo agradezco. Debí escucharos con más interés. Ahora sé que negarle al obispo el placer de tenerme a su lado cada día os habría convertido en el primer objetivo de sus furias.

El padre Bernard agachó la mirada, la culpabilidad cubría su rostro.

—Ahora lo sé —dije, firmemente—. Pero no pienso abandonar París.

Aquello le sorprendió sobremanera.

—¿Pensáis permanecer a la vera del obispo sabiendo lo que piensa de vos?

—Sí, mientras él no sepa lo que pienso yo de él. A los ojos de los demás, soy su protegido, y eso, de alguna manera, me proporciona poder. Es lo único que tengo para ayudar a los fieles y a los perseguidos por sus malas artes.

—Mi querido Gabriel, siempre supe que teníais un alma pura, pero esto supera mis expectativas... Me enorgullece saber que estáis dispuesto a sufrir esa compañía por el bien del pueblo.

—Supongo que me sigue doliendo más su forma de hostigar a los pobres desamparados que cualquier mal que pudiera hacerme a mí.

—Eso os honra.

—Gracias.

El padre Bernard se quedó mirando mi rostro, que mostraba mi cansancio y mi creciente desesperación. Me miraba con lástima y una extraña forma de admiración. Su mirada era reconfortante, comprensiva. Me hacía bien oír su voz, que siempre fue tan sabia. Esperaba que hablase yo.

Suspiré. En verdad no sabía cómo contar lo que debía.

—Sabéis que os buscaba para que me confesaseis. No podía acudir al obispo; esta vez no —observé como el padre Bernard tomaba una silla y se sentaba frente a mí.

—Confíad en mí.

—Durante mi estancia en París he conocido a una joven gitana a la que he intentado educar en la Palabra de Dios. Lo he intentado lo mejor que he sabido.

—Eso es bueno, hijo —me dijo, queriendo avivar mi ánimo destrozado.

—Sí, pero... Ahora entiendo las reticencias del obispo a que ella pasase tiempo conmigo.

El padre Bernard alzó las cejas.

—De modo que es una joven hermosa —adivinó—. Una mujer poderosa.

Mi silencio le sirvió para confirmar sus sospechas.

—El obispo la ha perseguido desde el principio, por mi culpa —le expliqué, empezando a notar que mi voz temblaba—. Ella no merecía ningún castigo, y aun así la perseguía para darle caza y calmar sus...

—Celos —terminó el padre Bernard—. Pobre muchacha.

—Comprenderéis que ella haya quedado totalmente desencantada de mis enseñanzas, al voltear el obispo cada una de mis palabras en mi contra —le vi asentir—. No le queda sino odio que ofrecer a Dios. Siento que he fracasado estrepitosamente.

—No ha sido culpa vuestra, Gabriel, sabedlo bien, porque Dios de seguro lo sabe.

—¿Y no es culpa mía que en lugar de amar a Dios, la muchacha haya decidido amarme a mí?

No me atrevía a mirarle a los ojos. Me mostré cabizbajo, y sentí su mano posándose en mi cabeza.

—¿Cediste a ella, Gabriel?

—Cedí a mí mismo, padre —dije, respirando profundamente—. No me permití más. Pero decidme si eso no es suficiente para condenarme.

Le miré a los ojos. Para mi sorpresa, vi en su rostro calidez y una sonrisa muy paternal.

—Las mujeres son los seres más carnales de este mundo, Gabriel. ¿Cómo no iba ella a creer que valéis más que el Reino de los Cielos? Sois joven, padre, pero pronto aprenderéis que incluso los hombres que claman más poderosamente por su santidad han sentido la atracción y la lujuria. Sólo algunos se resisten, creedme. La mayoría de los hombres de Dios no espera a que la lujuria llame a su puerta; algunos la buscan directamente. Incluso los herederos

de San Pablo han sido corrompidos por el poder del deseo. Es algo demasiado mundano. Es realmente difícil zafarse de su encanto.

—¿Vos lo habéis vivido?

—He sentido la atracción, pero nunca he caído en el pecado. No pequéis de soberbia, Gabriel. No sois tan fuerte como para huir completamente de la criatura más tentadora de Dios: la mujer. Si así lo creéis, en el fondo, estáis retando al Altísimo. Asumid esto como una prueba que estará presente durante el resto de vuestra vida... y procurad defenderos mejor la próxima vez.

—¿No me vais a absolver?

—Si nunca la habíais considerado como placer, y hasta hoy sólo os ha atormentado la idea de limpiar vuestra alma por siquiera deseársela... ¿cuándo habéis tenido tiempo de faltar al noveno mandamiento?

—No he faltado al noveno, padre —asentí—, sino al sexto.

—Desear a una mujer con la ternura que vos tenéis en el corazón, hijo mío, jamás podrá ser un acto impuro.

—Os pido, igualmente, que me perdonéis.

Ante mi insistencia, el padre Bernard se apiadó y me liberó de mis pecados de la forma en la que yo precisaba. Puso sus manos sobre mi cabeza y dejó mi alma pulcra.

—Al amanecer habré de volver a París. He venido hasta aquí con la esperanza de que en mi ausencia no ocurra nada de lo que pueda arrepentirme, por lo que preciso volver cuanto antes. Maurice se quedará con vos. Debéis saber que las vendas de sus manos no son signo de ninguna enfermedad. El obispo le mandó quemar cuando supo que Maurice me informó de un ataque a la muchacha gitana. Espero que cuidéis bien de él, en especial ahora que aún es pequeño.

—Así será.

—Es un niño muy inteligente. Procuradle la misma formación que me disteis a mí con tan buen acierto. Nunca tendré tiempo suficiente para agradeceros vuestras enseñanzas, padre.

—Fuisteis siempre mi mejor alumno, Gabriel.

Volví a abrazarle para despedirme de él. Sentí que siempre estaría dispuesto a ayudarme si alguna vez le necesitaba, fuese esto verdad o no. Me encontré con renovadas fuerzas y un espíritu

mucho más positivo que el que me acompañó a Reims. Había encontrado lo que había ido a buscar.

Me despedí del joven Maurice al amanecer, y le deseé la mejor de las suertes en su nuevo camino. Le regalé la Biblia de mi madre, la que siempre guardaba bajo mi almohada, para que él mismo viese cómo poco a poco iba a siendo capaz de leerla.

Continuará  
en:

Dinastía  
Tomo Segundo